

R. 28404

UNIVERSIDAD LITERARIA DE OVIEDO.

DISCURSO

LEIDO EN LA SOLEMNE APERTURA

DEL

CURSO ACADEMICO DE 1892 Á 1893

POR EL DOCTOR

D. ANICETO SELA,

CATEDRÁTICO NUMERARIO

DE

DERECHO INTERNACIONAL PUBLICO Y PRIVADO.



OVIEDO.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE VICENTE BRID,
Canónica, 18.—Teléfono, 111.

1892



Almo. Sr.:

Señores:



Celebramos una fiesta universitaria. La ley y la costumbre quieren que, por lo menos una vez cada año, haya Universidad; que maestros y discípulos se reúnan en un cuerpo solo al principio de cada curso.

¿Cuál debe ser el asunto de nuestras reflexiones en tal ocasión? Yo creo que nos conviene hablar de nosotros, de nuestras cosas, de lo que á todos por igual nos interesa: de la Universidad. Comunes son, sin duda, á profesores y estudiantes todas las ciencias que aquí se cultivan y todos se encuentran en su dominio propio cuando se les habla de ellas; ningún tema literario, filosófico, histórico ó jurídico podría parecer inoportuno: pero nada ofrece un interés tan inmediato, tan íntimo, como la consideración de la obra que en común hacemos en esta casa, de sus necesidades, de los fines que debe proponerse

y de los medios más adecuados para cumplirlos. Los asuntos científicos pueden hoy ser tratados con amplios desenvolvimientos en la prensa periódica y en el libro; las monografías sobre determinadas materias encuentran fuera de aquí el público que necesitan: las reflexiones sobre nuestra propia labor importan, ó debieran importar, á todo el mundo, ¿pero á quién tanto y tan inmediatamente como á los que aquí nos reunimos?

Vale la pena, ciertamente, de hacer todos los años un exámen de conciencia en el cual nuestros esfuerzos sean traídos á juicio; una revisión sincera de los éxitos que alcanzamos y de los fracasos que sufrimos; una comparación desapasionada entre lo que hacemos y lo que debiéramos hacer.

Y si este exámen se verifica con imparcialidad, sin pasión, con ánimo sereno, cual cumple á quienes del descubrimiento de la verdad han hecho su profesión, preciso es confesar que el resultado es poco consolador: las Universidades distan mucho de hallarse á la altura de su misión. No quiero hablar de cómo enseñan; bástame afirmar, con el testimonio de todos vosotros, que no educan; no concurren á la educación física, ni á la educación moral de sus alumnos, ni siquiera á su educación intelectual, porque una cosa es la instrucción y otra, bien diferente, el desarrollo de la inteligencia.

La Universidad — debemos decirlo nosotros, para poner remedio al mal antes que otros nos lo echen en cara — la Universidad no se asocia á ninguna empresa viva del país; no hay entre ella y la patria esos lazos tan poderosos como invisibles que forman el espíritu de un pueblo. Podrían suprimirse los establecimientos de enseñanza superior, y España seguiría su camino sin advertirlo; apenas nadie lo notaría. Podría trastornárselos de los pies á la cabeza, como tantas veces se ha hecho, como ahora mismo acaba de hacerse con un criterio que solemos llamar administrativo para no decir que carece de sentido común, sin que se commueva alma viviente, sin que á nadie le afecte, sin que el asunto llegue á agitar ni aún ligeramente á la opinión.

Porque de cuerpos que debieran hallarse exhuberantes de vida hemos hecho algo muerto, desprovisto de sustancia, conservando, para asemejarse á lo que debieran ser, nada más que la corteza. Y se corre el peligro de que las Universidades se conviertan en corporaciones como aquellas de quien un sabio decía que son cual estatuas olvidadas en

medio del desierto cuyo dedo muestra caminos que hace mucho tiempo han desaparecido.

Hemos omitido lo que debiera ser siempre lo primero; hemos pospuesto la educación á la instrucción; nos hemos figurado que aquella toca sólo á la primera edad, que es asunto reservado al maestro de escuela, que ninguna relación existe entre la obra oscura de abnegación y de paciencia que él realiza y la brillante y desahogada que se pide á la Universidad. Son muchos los que todavía creen que con la familia y la escuela basta para obtener la salud y el vigor físico, para levantar el corazón y para formar el carácter, y que los establecimientos de enseñanza secundaria y superior no deben tener otra preocupación que el cultivo de la pura ciencia. Y no faltará quien fuera de aquí se sonría al saber que en solemnidades como esta se emplea el tiempo en hablar de educación física y de educación moral.

Lo único que puede dar vida á nuestras Universidades y convertirlas en órganos del espíritu nacional, es precisamente la dirección, la educación omnilateral de la juventud, educación que, contra lo que suele afirmarse, se sabe cuando empieza pero no cuando acaba, ó por mejor decir, se sabe que no acaba nunca, pues la vida es toda ella educación, y como decía Flaubert, todo tenemos que aprenderlo, desde el hablar hasta el morir. La alta cultura científica de los estudiantes importa mucho y es, además, por sí misma un poderoso elemento de educación moral; ¿pero acaso valen menos el cuidado del cuerpo, que tiende á formarlo sano y fuerte, apto para todas las empresas, ó la elevación de sentimientos y la dignificación de la vida, ó la adquisición de un carácter recto y firme?

Monseñor Dupanloup lo decía con profundo sentido de la realidad de las cosas: « Entre la instrucción, que suministra conocimientos, provee al espíritu y forma sabios, y la educación que desenvuelve las facultades, eleva el alma y forma hombres, hay una profunda diferencia. » Es lo que desconocen muchos sabios que, según observa Fouillée, creen que el hombre vive solo de pan... y de álgebra. « La ciencia — añade el mismo publicista — no es buena más que relativamente y según el uso que se hace de ella; el arte mismo ofrece sus peligros: sólo la moralidad es absolutamente buena. » (1)

(1) *L'enseignement au point de vue national*, pág. 39.

No puede asignarse á la Universidad como su único fin la cultura científica: debe formar hombres antes que sabios; hombres de cuerpo sano y vigoroso, de conciencia recta, de sentimientos elevados, de gusto seguro y de voluntad enérgica al par que de instrucción sólida. El día en que los alumnos salgan de aquí, no sólo sabiendo mucho, sino siendo fuertes, elegantes, honrados, finos, veraces, resueltos, alegres y de buenas costumbres, creeré que la Universidad responde á los fines para que existe, cumple con su misión y puede reclamar justamente la confianza que hoy de ningún modo le dispensa la sociedad.

Sobre la manera de conseguirlo, principalmente en lo que depende de la educación moral, ha de versar el presente trabajo con que aspiro á llenar el deber reglamentario que hoy me proporciona la honra de dirigiros la palabra. Siendo el último entre vosotros; hallándome aún más cerca de los discípulos que de los maestros, ¿necesitaré deciros que toda vuestra benevolencia no será bastante para disculpar las deficiencias de que forzosamente ha de adolecer un estudio sobre tema tan interesante, hecho por el menos autorizado para tratarlo?



I.

EN la división que generalmente suele hacerse de la educación, corresponde á la educación moral el desenvolvimiento y perfeccionamiento de la voluntad, reservándose los cuidados del cuerpo á la educación física y el desarrollo de la inteligencia á la educación intelectual. Pero, sobre que clasificando así no se abarcan todos los aspectos de la obra educativa, pues falta un lugar para el cultivo del sentimiento, se cometería un error de peligrosas consecuencias juzgando definitiva una división que no responde á verdaderas oposiciones interiores.

La educación es una, como uno es el hombre, y todo intento de considerar separadas unas de otras las clases que se ha solido distinguir, producirá deplorables resultados para la educación total. La educación, para merecer tal nombre, ha de ser harmónica é integral; no puede ser de otra manera. Quiérase ó no, la educación física refluye sobre la inteligencia, ésta sobre los sentimientos, los sentimientos sobre la voluntad y viceversa. No hay necesidad de probar que en el orden natural de las cosas, el más inteligente debe ser quien mejor y más sienta y quien con más energía quiera, y que, según lo ha demostrado hasta la evidencia Spencer,

querer, sentir y pensar suponen un cuerpo bien desarrollado, sano y fuerte, que cuanto más lo es más obedece al espíritu, mientras que cuanto más débil, más manda.

No cabe, pues, hablar sin estas reservas de educación física, intelectual y moral: es preciso añadir la educación del sentimiento y no perder nunca de vista la armonía orgánica del ser humano, cuyo perfeccionamiento constituye el fin de la educación. Así, cuando decimos educación moral, entendemos, no una educación fragmentaria y parcial, sino uno de los varios aspectos que en una especial consideración puede ofrecer la obra educativa entera. De aquí la dificultad de hablar de ella sin hacer continuas referencias al cultivo del cuerpo y de la inteligencia; y por lo que toca al sentimiento, debe comprenderse también dentro de la educación moral, viniendo ésta á abarcar, aunque para ello se violente un tanto el sentido literal de las palabras, la calidad y la energía del querer, ó sea, los sentimientos y la voluntad.

No he de insistir sobre la importancia de este aspecto de la educación. Si fuera posible contraponerla á las restantes, no cabría negar el primer lugar á la educación moral, á la que (entendida en el amplio sentido indicado) ennoblece y dignifica los sentimientos, embellece la vida y templada el carácter; la que imprime un sello á la personalidad; aquella por la cual, y por lo que cada uno lleva dentro de sí al nacer, somos en el mundo lo que somos.

Mas no todos creen en la eficacia de la educación para elevar el sentimiento y formar el carácter. Sabido es que, como he dicho en otra parte, (1) el pensamiento científico atraviesa hoy por una crisis tal en esta materia que no hay afirmación segura ni consecuencia que no se vea controvertida. A la Psicología tradicional, que algunos consideran ya como fútil entretenimiento de espíritus desocupados, se opone la llamada Psicología fisiológica, construída con materiales bien distintos; los antiguos resortes de la voluntad dejan el lugar á móviles nuevos; la libertad es negada por muchos que creen más bien en un determinismo ciego, bajo cuyo imperio irresistible el hombre marcha en una dirección dada sin poder detenerse ni desviarse.

Del carácter se dice que nace con la persona, que es su temperamento, su natural, tan fatal como el instinto y que sólo podría modificarse á través de varias generaciones, por

(1) *La educación del carácter*.—Barcelona, Bastinos, 1890.

medio de la selección ; (1) que los diversos grados de moralidad de los distintos sujetos dependen únicamente de la inferioridad original de los unos y de la superioridad natural de los otros ; que las notas del carácter que no son hijas de determinaciones individuales proceden de ciertas determinaciones generales que se escapan al gobierno del educador. (2)

Si tales afirmaciones pudieran hacerse y se hallaran comprobadas por la Psicología, la educación moral sería inútil, cuando no perjudicial. Sólo á la naturaleza fiáramos el cuidado de corregir y perfeccionar sus propias obras. «¿Queréis librar á la humanidad de las enfermedades físicas y de los males del orden moral? Destruíd los hospitales, las cárceles, los asilos de todo género abiertos á la miseria y al vicio ; dejad á los enfermos morir y á los perversos perderse: la caridad y la filantropía son una pura tontería.» (3)

Afortunadamente no lo han entendido así los más ilustres deterministas, incluso el mismo original filósofo á quien pertenecen las paradógicas frases anteriores. Bernard Perez, que tan decididamente se afilia á esta doctrina en la *Revue philosophique*, ha escrito varios libros, todos muy notables, dando reglas para la educación moral. Sikorski y Preyer tratan de la dirección de la voluntad en sendos profundos estudios. Sergi dedica una obra entera á la educación del carácter. Dominicis, á vueltas de la selección y de la herencia, reconoce todo el valor de la obra educativa. Y el mismo Spencer, que con tanta dureza censura la obra de la escuela, por una inconsecuencia feliz, pasará á la posteridad más por su *Educación física, intelectual y moral* que por las paradojas copiadas.

Wundt, que pasa por ser hoy uno de los más ilustres representantes del psicologismo fisiológico, explica estas contradicciones mostrando que el determinismo no niega en absoluto la libertad, ni, por consiguiente, el poder de contrariar ó de modificar, por medio de ella, con el auxilio en su caso de la educación, los sentimientos y el carácter. «El hombre—dice el ilustre profesor alemán—es prácticamente libre y todas las consecuencias que bajo el aspecto práctico pueden deducirse de la libertad de la voluntad persisten,

(1) DOMINICIS, *La Pedagogia y el Darwinismo*.

(2) L. A., *Revue philosophique*, tomo XXV, pág. 362.

(3) SPENCER, *Introduction à la science sociale*, (traducción francesa).

se mantienen. Todo hombre es responsable de sus acciones. El Estado se halla autorizado para defenderse contra los crímenes y su deber es hacer mejor, en cuanto sea posible, al criminal. La estadística apoya con sus resultados la tendencia práctica que tiene la sociedad á perfeccionarse, pues muestra que el estado público del derecho influye sobre el número de acciones inmorales.» (1)

Basta esta afirmación para poder proclamar sin temor á contradicciones el valor y la eficacia de la obra educativa, ya sea que la consideremos apta para modificar los sentimientos y contribuir á la formación del carácter, ya se diga con Perez que su papel se reduce á conceder ó rehusar su alimento, es decir, la ocasión de ejercerse, á tales ó cuales tendencias innatas. No es ocasión la presente de discutir estos extremos. Me limitaré á llamar la atención, de acuerdo con las declaraciones de Wundt, sobre el siguiente razonamiento de M.^{me} Necker de Saussure: «El desenvolvimiento del carácter no depende enteramente, ni de la voluntad de los maestros en la infancia, ni de la del educando mismo en edad más avanzada; ¿pero se sigue de aquí que estas voluntades no tengan ningún poder? ¿No se dispone de nada cuando no se dispone de todo? Varias causas obran independientemente de nosotros y á pesar nuestro, lo confieso; pero hay influencias regulares y bienhechoras cuyo empleo está á nuestra disposición. Por esto hay en todos los tiempos una educación accidental á cuyos efectos es preciso poner el contrapeso de la educación premeditada.» (2)

En cambio, fuera manifiesta equivocación juzgar omnipotente la acción educativa en cuanto al desarrollo y dirección de la voluntad. Los autores antes citados han demostrado cumplidamente que la educación reflexiva y artística es uno solo de los factores que concurren á la elevación de los sentimientos y á la formación del carácter. Casi unánimemente se reconoce la necesidad de contar con la herencia, el temperamento, la edad, la salud, el régimen alimenticio, y el medio, para realizar la educación moral. Nace el niño siendo *heredero forzoso*, más forzoso aquí que en el Derecho, de sus ascendientes; sometido á las leyes de

(1) WUNDT, *Eléments de Psychologie plisiologique*.—Trad. francesa de Rouvier: París, 1866.—Tomo II, pág. 451.

(2) M.^{me} NECKER DE SAUSSURE, *Education progressive*.—Tomo I, pág. 3.

la que Ribot y Maudsley llaman herencia psicológica. (1) En su virtud viene á la vida con elementos constitutivos de su carácter que son más antiguos que él mismo, que existían antes de su nacimiento. « Los Apios—decía Voltaire, en un estudio sobre Catón—fueron siempre orgullosos é inflexibles; los Catones siempre severos. Toda la línea de los Guisas fué audaz, temeraria, facciosa, dotada del más insolente orgullo y de la cortesía más seductora. Desde Francisco de Guisa hasta el que solo, sin ser esperado, fué á ponerse al frente del pueblo de Nápoles, todos tuvieron una figura, un valor, y un ingenio superiores al del común de los hombres. » Y añade Martin, que es quien aduce esta cita: « El estudio de los cuatro Césares, Tiberio, Calígula, Claudio y Nerón, hecho por Wiedemeister, era fácil: sus vicios prodigiosos brillan en Tácito y en Suetonio que señalaron ya su trasmisión hereditaria. Vespasiano, cuya avaricia es proverbial, contaba entre sus ascendientes un agente de banca y un usurero. » « En casi todos los príncipes de la familia de Condé—dice, por último, Saint Simon—se nota una viva y natural intrepidez, una especial aptitud para el arte militar, brillantes facultades de inteligencia; pero al lado de estos dones, desviaciones del espíritu rayanas en la locura, vicios odiosos del corazón y del carácter, la malignidad, la bajeza, el furor, la avidez de la victoria, una avaricia sórdida, el gusto de la rapiña y de la tiranía y esa especie de insolencia que hace detestar más á los tiranos que la tiranía misma. »

Si á este influjo de la herencia se añade el del temperamento, formado en gran parte por ella, se comprenderá con cuánta razón afirma la Pedagogía moderna que la obra educativa ha de ser necesariamente individual, como que sólo así puede atender en la medida conveniente á los diversos elementos que en cada sujeto contribuyen á imprimir una dirección determinada á la voluntad. Así aquellas concepciones del « niño abstracto » de Rousseau y del « sujeto medio » de algunos sistemas pedagógicos han perdido todo su valor, y como ha dicho un ilustre pedagogo español, no cabe ya representar el alma de niño, como la *tabula rasa* de otros tiempos, *in qua nihil esse pictus*, sino como la combinación de aptitudes hereditarias con las excitadas por la acción del medio. El niño trae ya « escritas » en su psiquis muchas cosas antes de nacer; y las funciones fundamentales

(1) RIBOT, *L'heredité psychologique*.—MAUSDLEY, *Pathology of Mind*.

que en este orden se revelan después de salir al mundo exterior, son otras tantas aptitudes potenciales, primitivas y embrionarias que las nuevas condiciones del medio van estimulando.» (1)

La edad, el sexo, el estado de salud, el medio físico, etc., introduciendo á su vez importantes modificaciones, acaban de explicar que no por que aquí se afirme la eficacia de la educación sobre la voluntad, se la considera omnipotente. La educación podrá luchar con éxito contra algunos malos instintos, pero no moldear de un mismo modo todas las almas: no pretenderá, como donosamente dice Maudsley, hacer producir uvas á un ciruelo ó higos á un cardo.

Pero teniendo en cuenta, en las debidas proporciones, todos los demás factores que con ella concurren al desarrollo del sentimiento y la voluntad; dando su justo valor á la herencia, al temperamento por ella producido, al medio físico y el medio social; sin olvidar que, según la frase gráfica de Spencer, «la ropa limpia y el agua fresca producen la moralidad tan bien como la enseñanza y aún mejor», ¿cómo negar que la acción educativa es conveniente, útil, bienhechora, y ésto no sólo para la generación presente sino también para las venideras?

Quien tomara al pie de la letra las paradojas de algunos pedagogos, cuyas obras han hecho época en la historia de la ciencia de la educación, podría inclinarse á creer, bajo la autoridad de su palabra, que todo el mal moral nace de que el hombre no ha sabido escuchar dócilmente á la naturaleza y ha sustituido á la sencillez, á la rectitud, á la tranquilidad y á la bondad naturales, sus refinamientos, sus inquietudes y sus malicias. Montaigne se complace en tributar alabanzas á las virtudes de los caníbales, oponiéndolas á las modificaciones impuestas á la naturaleza por «nuestro artificio.» (2) En otro pasaje de sus *Ensayos* afirma que es más honroso obrar por natural é inevitable condición, y más cercano á la divinidad, que conducirse por libertad temeraria y fortuita; y más seguro dejar á la naturaleza las riendas de nuestra conducta. «El soberano precepto — añade — es conformarnos con la naturaleza, ya que no podríamos sustraernos á ella.»

(1) GINER, *El alma del niño, según Preyer*.—«Boletín de la Institución libre de Enseñanza».—Tomo XI, 1887.

(2) *Essais*, lib. I, cap. XXX.

Conocidas son las frases que el autor del *Emilio* coloca al frente de su famoso tratado: « Todo está bien al salir de manos del autor de las cosas; todo degenera en manos del hombre. El, obliga á una tierra á dar las producciones de otra, á un árbol á producir los frutos de otro; mezcla y confunde los climas, los elementos, las estaciones; mutila á su perro, á su caballo, á su esclavo; lo revuelve todo, todo lo desfigura; le gustan las deformidades, los monstruos; no quiere nada tal como lo ha hecho la naturaleza, ni áun el hombre; necesita formarlo para sí, amoldarlo á su modo, como un árbol de su jardín.» (1)

Y sin esto todo iría peor todavía: «nuestra especie no quiere ser reformada á medias. En el estado en que se hallan hoy las cosas, un hombre abandonado desde su nacimiento á sí mismo, entre los otros, sería el más desfigurado de todos. Las preocupaciones, la autoridad, la necesidad, el ejemplo, todas las instituciones sociales en que nos encontramos sumergidos, ahogarían en él á la naturaleza y no pondrían nada en su lugar. La naturaleza sería en tal sujeto como un arbusto nacido por casualidad en medio de un camino, que los que pasan destruyen enseguida empujándolo de todas partes y plegándolo en todos sentidos.» (2)

Pero sería un error deducir de estas afirmaciones argumentos contra la utilidad de la educación. No ha podido ser tal la intención de Montaigne y de Rousseau. Las obras del primero están llenas de cuerdos preceptos sobre educación moral, y el *Emilio* es clásico en la Pedagogía como desarrollo de un plan educativo completo. El mismo Rousseau confiesa que la infancia (¿y porqué no también la adolescencia y la juventud?) se halla necesitada de protección y auxilio. «Considerando á la infancia en sí misma ¿hay en el mundo un sér más debil, más miserable, más á merced de todo lo que le rodea, que tan necesitado se halle de piedad, de cuidados, de protección, como un niño? ¿No parece que muestra un rostro tan dulce y un aire tan tierno sólo para que todo el que se le acerque se interese por su debilidad y se apresura á socorrerlo?» (3)

Pues si la infancia necesita protección y socorro, necesita educación, y ésta no solo será útil, sino forzosa, indis-

(1) *Emile*, lib. I, pár. 5.

(2) *Emile*, lugar citado.

(3) *Emile*, lib. II, pár. 69.

pensable, dada la condición humana. Sin ella, el niño quedaría expuesto á los azares de las circunstancias, como el arbusto de que habla el filósofo ginebrino.

¿Pero consistirá esta educación únicamente en el sustento del cuerpo? ¿No nacen todos los niños naturalmente buenos, en términos que la obra de la educación moral deba reducirse á no contrariar sus inclinaciones? Hay quien así lo piensa; pero son más los que creen lo contrario. «Los niños — dice La Bruyère — son altivos, desdenosos, coléricos, envidiosos, curiosos, interesados, perezosos, rateros, tímidos, intemperantes, mentirosos, disimulados; rien y lloran fácilmente; experimentan alegrías inmoderadas y aficciones amargas por motivos insignificantes; no quieren sufrir el mal y les gusta hacerlo: son ya hombres.»

(1) A lo cual añade Martín: «Los que nos hablan de un estado natural en el cual el hombre es exclusivamente dulce, bueno, justo, sincero, se imaginan la más quimérica de las utopías. No es la civilización la que da sus instintos al lobo, á la hiena y al tigre: son éstos fieras muy naturales, nada corrompidas, que hacen lo que deben hacer por la voluntad misteriosa de la causa productora.» (2)

Todo observador de la infancia reconocerá que hay, por fortuna, exageración manifiesta en el retrato de La Bruyère; pero se hallará, en cambio, obligado á confesar que existen en el niño vicios innatos que importa corregir y modos del carácter contra los cuales puede poco el educador. Huyendo igualmente del optimismo y del pesimismo, la educación moral procurará desarrollar las buenas tendencias y contrariar las malas, teniendo en cuenta que, como ha dicho un escritor, en el niño la belleza moral no es más que una promesa y á la educación toca realizarla. Desenvolverá los gérmenes de bondad que en el alma del niño hay, y, afirmando su personalidad, ya contribuirá á formar el carácter, ya tenderá á hacerlo constante, á determinar su permanencia en las diferentes situaciones de la vida. Cultivará igualmente los buenos sentimientos, que constituyen como el contenido y el fondo de un buen carácter; y auxiliada por las otras clases de educación que antes consideramos, podrá realizar, en cuanto sea posible, la cultura armónica de todas las facultades del sér humano; el equilibrio físico, mo-

(1) LA BRUYÈRE, *Caractères*, pág. 244.

(2) MARTIN, *L' éducation du caractère*, pág. 49.

ral é intelectual; dando al educando, según la fórmula de un pedagogo alemán, la salud, la fuerza, la destreza, la habilidad manual, la agudeza de los sentidos, el espíritu de observación, el razonamiento, la rectitud del carácter, la energía de la voluntad, la claridad de las ideas y la elevación de los sentimientos.» (1)

¿Hasta qué edad habrá de hacer sentir su influjo la educación moral? Las consideraciones anteriores demuestran que es imposible fijar un término del cual no pase la educación: nos educamos siempre, unas veces merced á los medios que los demás nos prestan; otras, por nosotros mismos, realizando una auto-educación. Es irracional pretender que el proceso educativo se interrumpa en un momento dado, coincida ó no con la posesión de determinada suma de conocimientos. La obra que la familia comienza y continúa la escuela debe proseguirse con mayor interés, si cabe, en los establecimientos de segunda enseñanza y en los de enseñanza superior. En ellos pasa el estudiante la época de la pubertad, tan decisiva algunas veces para las organizaciones de los dos sexos; allí se abren al mundo sus ojos y su corazón y comienza á sentir el influjo de las pasiones nacientes: es el tiempo de las vacilaciones, de la duda; edad crítica para el cuerpo y para el alma del educando, que necesita en ella, más que en otra alguna, de una dirección cariñosa é inteligente, que no puede, sin grave riesgo de la moralidad y de la salud, quedar abandonada á sus propias fuerzas.

Hé aquí, señores, porqué juzgo como la obra más noble que la Universidad puede proponerse, como la más delicada, la más difícil, pero también la de más provechosos resultados, la educación moral de sus alumnos. Tócale, por imperativa exigencia de la necesidad, auxiliar la acción de la familia y del medio social, si fuera favorable; rectificarla en otro caso, y siempre, dirigir de un modo activo, afectuoso é inteligente, el alma de los jóvenes que se le confían.

(1) HERZEN, *L' éducation de la jeunesse allemande.*—«Revue. int de l' enseignement,» tomo XIX, pág. 632.



II.

LA Universidad será educadora, ó no será. Reducida á sus actuales condiciones, no sólo no contribuirá á la prosperidad del país, sino que ni siquiera se contará como factor importante en el desenvolvimiento de la cultura pública. « La educación y el desarrollo de la inteligencia — dice con perfecta exactitud un ilustre filósofo y pedagogo español, — siguen á los del hombre como la parte al todo y su horizonte se dilata ó se cierra con el horizonte general del espíritu. Del presumido y vano; del que ahoga el clamoreo de su conciencia, todavía no bien empedernida; del envidioso, del disipado y frívolo; del egoísta, sordo á los deberes de la humanidad, puede quizá esperarse toda la paciencia necesaria para las delicadezas del microscopio ó para descifrar una inscripción cuneiforme; toda la penetración que requieren las sutiles combinaciones del cálculo; todo el tino del mundo para llevar á feliz término un experimento en el laboratorio . . . pero nunca ese supremo amor á la verdad, desinteresado, impersonal, objetivo, única fuente de todas las luces y revelaciones superiores. » (1)

(1) GINER, *Estudios sobre educación*, pág. 98.

Merced al concepto cada vez más extendido de la unidad orgánica del sér humano por sobre la variedad de aspectos que ofrece, reconocen unánimemente hoy psicólogos y pedagogos que ninguna facultad puede desenvolverse, en el verdadero sentido de la palabra, más que harmónicamente con el desarrollo de las demás; que no caben esas educaciones fragmentarias á que nuestros actuales sistemas tienden, sin grave daño de la persona entera, incluso de la misma facultad que preferentemente se desea educar.

La confirmación de esta verdad todos podeis hallarla en los frutos que de la enseñanza universitaria en España se obtienen; yo, además, puedo aducir mi propia experiencia personal. Teóricamente, no se explica el abandono absoluto de la educación física y de la educación moral de los estudiantes, más que por el deseo de concentrar todos los esfuerzos del lado de la educación intelectual. Y después que hacemos, ó intentamos hacer, á lo menos, un cultivo forzado de la inteligencia, las facultades intelectuales no se han desenvuelto, sino más bien atrofiado, en el estudiante de Facultad, y aún en cuanto á la suma de conocimientos adquiridos, su primer cuidado será ovidarlos, desprenderse de ellos, como se arroja un lastre inútil, en cuanto traspone las puertas de la Escuela; antes todavía, tan pronto como se descarga, en los exámenes de cada asignatura, del farrago de cosas aprendidas que como un cuerpo extraño le molestaba y estorbaba dentro de la cabeza.

Para obtener tan mezquino resultado no vale la pena ciertamente de prescindir de lo más importante del problema educativo; no es preciso considerar al estudiante como si no fuese más que una inteligencia, cerrar absolutamente los ojos á cuanto toca al cuerpo, al corazón y al carácter. Sería mejor, sin duda, que haciéndole aprender menos cosas de esas que enseguida procurará olvidar, se le educara harmónicamente, concediendo á los sentimientos y á la voluntad la debida atención.

En esta educación harmónica y completa consiste precisamente, á mi juicio, la fórmula que condensa el papel que la Universidad se halla llamada á desempeñar en las sociedades modernas. No es sólo una aspiración; es una necesidad y necesidad que con urgencia pide ser satisfecha. El supuesto de que partimos en nuestras relaciones mútuas estudiantes y profesores, supuesto sin el cual no sería posible abandonar la educación física y la educación moral de aquellos, es que, hombres hechos y derechos, con todos los

atributos de tales, vienen á estas casas provistos de toda suerte de nobles sentimientos, de una voluntad recta y enérgica, así como de aquella cultura general sin la cual todas las especializaciones y preparaciones profesionales son prematuras.

¡Dios sabe si este supuesto es falso! Pero aunque lo consideráramos como verdadero, todavía le quedaria á la Universidad bastante que hacer y mucho de qué abstenerse, para no viciar esa educación previa de sus alumnos. En tal materia, en efecto, no hay acciones indiferentes; las que no educan corrompen. ¿Cómo negar que tal maestro, con sus hábitos de desórden; tal otro, con su falta de formalidad, el de más allá, con su mal humor eterno; este, con sus intolerancias; aquél, con sus injusticias—y no quiero hablar de los que llevan una vida relajada, si por desgracia los hubiere que hasta tal punto olvidaran la dignidad de su persona y el honor de su profesión,—cómo negar, digo, que el ejemplo de la conducta de tales maestros inquieta, perturba y á la larga destroza la conciencia de los jóvenes escolares?

¡Ah! si queréis saber la causa de que tantos talentos perezcan sin haber dado uno solo de sus naturales frutos; de que tantos brillantes alumnos de las Universidades se pierdan apenas trasponen sus umbrales, (cuando no antes de trasponerlos), en el mar cenagoso de las concupiscencias políticas, de la superficialidad social, de la vulgaridad que todo lo invade; si queréis saber porqué nuestra juventud es descreída y escéptica, porqué la abandona toda fé, toda aspiración ideal, toda noble ambición, todo amor puro y desinteresado, todo culto de los grandes ideales de la vida, toda pasión patriótica, mirad lo que esa juventud tiene á su alrededor, en su familia, en la escuela primaria, en los Institutos de segunda enseñanza, en las Escuelas especiales, en la Universidad. ¿Quién la educa? Entre tantas lecciones como recibe, ¿dónde están las lecciones de virtud? ¿Cuándo se la obliga á levantar al cielo la cabeza, á contemplar la nobleza de la creación y de su propio sér? ¿Dónde se le forma el corazón? ¿En qué momentos se procura dotarla de carácter?

La culpa no puede achacarse á tal ó cual organismo. ¿Qué duda tiene? Como en todos los grandes males sociales, como en todos los vicios de los pueblos decadentes, en el mantenimiento de este colaboran múltiples y muy diversos factores, llegando á establecerse un círculo que á primera vista parece infranqueable: toda la sociedad pervierte á la juven-

tud y la juventud, después, aumenta la perversión de la sociedad. Pero de cuantos elementos contribuyen á perpetuar tal estado de cosas, á ninguno toca tanta responsabilidad como á estos establecimientos, llamados de enseñanza superior porque ocupan el lugar más elevado en la gerarquía de las escuelas. Ninguno con tantos motivos para obrar como sér consciente, con conocimiento de causa, con completa libertad; ninguno dotado de mayores medios para apreciar la gravedad de los males enumerados, y para ponerse inmediatamente á corregirlos, con fé, con energía, con constancia, seguro de producir una poderosa y benéfica corriente, y de promover la acción de otros factores que á su invocación tomarían parte en esta obra redentora.

Redentora, señores; la única redentora que cabe comprender en un país que tan distanciado se halla todavía del estado general de los pueblos cultos; país que —¿porqué no hemos de confesarlo, si en conocerlo y proclamarlo, para corregirlo después, consiste el verdadero patriotismo?—país que, ni por sus costumbres, ni por su ciencia, ni por sus artes, ni por su cultura, ni por su administración, ni por su política ha entrado todavía en el concierto europeo?

¿Será demasiado pedir á la Universidad que, decidiéndose á ser la verdadera *alma mater* de sus alumnos, y áun de sus profesores, ocupe el primer puesto en esta honrosa campaña contra la superficialidad, contra el egoismo, contra las bajas pasiones, contra el saber precipitado y vano, contra la conducta indecisa, contra las flaquezas de la voluntad, contra todo, en suma, lo que nos separa de la sociedad civilizada y culta?

Por mi parte, no creo que pueda emplearse en nada más noble y más útil á la vez, ni que mejor responda al sentido desinteresado y puro con que la Universidad debe cultivar la ciencia, al mismo tiempo que á la satisfacción de las necesidades nacionales más apremiantes. De este modo, los estudiantes de Facultad poseerán mientras permanezcan en ella, y conservarán y acrecentarán después, en virtud del impulso recibido, aquellas cualidades que distinguen al hombre culto, sano, noble, justo, recto, inteligente é ilustrado, del que se halla sumido en un grado rudimentario de civilización; se despertará en sus almas, según las bellas palabras del Sr. Giner de los Ríos, «un sentido profundo, enérgicamente varonil, moral, delicado, piadoso; un amor á todas las grandes cosas, á la religión, á la naturaleza, al arte; una conciencia trasparente de su fin, nutrida por una voca-

ción arraigada; gustos nobles, dignidad de maneras, hábito del mundo, sencillez, sobriedad, tacto» (1) todo cuanto, en suma, constituye el ideal de una buena educación.

Porque adquiera estas cualidades, nuestro estudiante no sabrá menos; antes sabrá mejor lo que sepa. Al educar su inteligencia, en armonía con el desenvolvimiento de la sensibilidad y la voluntad, se procurará, como ya lo aconsejaba Montaigne, no amueblarle la cabeza, sino forjársela; no atiborrarle de ciencia indigesta, sino convertirlo, ante todo, en artífice de sus propios conocimientos, artista del arte de aprender,—*Künstler im lernen*, que decía Fichte, reduciendo á estas palabras el ideal didáctico de las Universidades alemanas (2). Por donde la educación moral, lejos de perjudicar al desarrollo de la inteligencia, vendrá á favorecerla, como todo lo que eleva el nivel general del educando.

Esta concepción de la labor universitaria como obra de educación y, especialmente de educación moral, no es ya ninguna novedad, como pudiera creerse, en vista de la escasa resonancia que ha logrado hasta hace poco entre nosotros. No es otro el sentido dominante en las altas instituciones de enseñanza de Inglaterra (*High Schools*) y en las Universidades por tanto títulos notables de Oxford y Camdbrige, que se ufanan, con razón, de formar *gentlemen* antes que sabios. Al mismo idel responde, en parte, la organización tan elogiada de las mejores Universidades alemanas, íntimamente asociadas al espíritu general del país y en cuyo seno, las asociaciones de estudiantes, sus solemnes fiestas y reuniones familiares con los profesores, y el poderoso influjo ejercido por los grandes maestros desde los *seminarios*, que constituyen el rasgo característico de aquella enseñanza, tienden á producir ciudadanos al mismo tiempo que hombres cultos. Francia, en fin, ha entrado resueltamente por este camino tratando de infundir un soplo de vida en sus Facultades; reuniéndolas para formar Universidades dotadas de espíritu corporativo; ejerciendo sobre los estudiantes, por órgano de los profesores más ilustres, una alta predicación moral; creando las jóvenes y ya poderosas asociaciones generales de estudiantes, de las cuales tanto puede esperarse si continúa dirigiéndolas el espíritu de Mr. Lavissee; esforzándose,

(1) GINER, *Estudios sobre educación*, pág. 45.

(2) J. G. FICHTE, *Deducirter Plan einer in Berlin zu errichtenden hoeheren Lehranstalt*.

de todos lados, con un tesón, una firmeza y una continuidad que serán la mayor gloria del régimen republicano en aquel país, en llenar las Universidades con el alma de Francia— un tanto *chauvinista*, sin duda, pero espléndida de vida y de calor.

Quien desee ponerse al corriente de este movimiento, que paulatinamente va ganando á la opinión pública francesa, consulte las calurosas excitaciones del P. Didon; los libros y las conferencias de Renan, Julio Simon y Vogüé; la obra teórica y práctica que ocupa toda la vida de Marion, el ilustre profesor de Pedagogía, de la Sorbona (1); los artículos del vice-Rector de la Academia de París, Gréard (2); los de Pécaut (3); los estudios de Liard (4), Lavissee (5), Bréal (6), Fouillée (7), y De Coubertin (8). Tampoco debe omitirse una hermosa conferencia reciente de M. Malapert, profesor del Liceo de Caen, titulada *El estudiante y el joven*, cuyos consejos y demostraciones, aunque dirigidos á los muchachos que acaban la segunda enseñanza, son perfectamente aplicables á nuestros estudiantes de Universidad (9).

En España son también ya muchos los que, participando de este sentido, estiman imperfecta y manca la obra de la Universidad y desean reformarla, poniendo en el lugar que le corresponde á la educación moral. Conocida es la constancia con que desde hace muchos años viene predicando la necesidad de dar carácter educador á las Universidades

(1) Véanse sus *Lecciones de psicología aplicada á la educación*, (Paris, Colin), *Lecciones de moral* (Paris, Colin, 1888), *De la solidaridad moral* (Paris, Alcan, 1890), y, sobre todo, los ejercicios de educación que practica en la Soborna.

(2) Reunidos bajo el título de *Education et instruction* (Paris, 1887).

(3) *Etudes au jour le jour sur l'éducation* (Paris, Hachette, 1870).

(4) *Universités et Facultés*, (Paris, Colin).

(5) *Questions d'enseignement national*, (Paris, Colin, 1885).—*Etudes et étudiants*, (Paris, 1890).—M. Lavissee, patrono é inspirador de las Asociaciones de estudiantes y director de estudios en la Facultad de Letras de Paris, es uno de los más activos propagandistas del nuevo sentido. Véanse, además de las obras citadas, sus numerosas y entusiastas alocuciones á los escolares, insertas en la *Revue internationale de l'enseignement* y en la *Revue universitaire*.

(6) *Excursions pédagogiques*, (Paris, Hachette, 1882). — *L' instruction publique en France*, (Paris, 1886).

(7) *L' enseignement au point de vu nationale*, (Paris, Hachette, 1891).

(8) *L' éducation en Angleterre* (Paris, Hachette, 1888).

(9) La ha reproducido de la *Revue universitaire*, de Paris, el *Boletín de la Institución libre de Enseñanza*, núm. 369, 30 de Junio de 1882.

D. Francisco Giner de los Rios, de cuyas ideas, expuestas en varias obras y en su cátedra de Filosofía del Derecho— hoy suprimida—son pálido reflejo muchas de las contenidas en este discurso. La *Institución libre de Enseñanza*, de Madrid, inspira en los mismos principios la educación superior de los pocos alumnos de este grado que en ella cursan. Y aunque sólo han emitido sus sufragios incidentalmente sobre tal ó cual aspecto de la cuestión, puede, sin duda, contarse como partidarios de las reformas universitarias, y entre ellas, de la educación moral, á los Sres. La Fuente (1), Gil y Robles (2), Posada (3), Rodríguez Carracido (4), Muñoz Orea (5), Rodríguez Mendez (6), Torres Campos (D. Manuel) (7), Alas (8) y otros varios, cuyas obras no puedo citar en este instante. Por último, el Sr. Buylla, nuestro excelente Decano, ha leído en el acto de la apertura de la Academia de Derecho de esta Universidad, en 1888, un elocuente discurso sobre la educación física y moral en las Universidades, lleno de interesantísima y bien expuesta doctrina, que á menudo recordareis al oír algunos períodos del presente estudio. ¿No es lícito confiar en el porvenir de nuestras Universidades cuando tantas y tan elocuentes veces se alzan en su favor? ¿No debe esperarse que la educación moral ocupará al fin en ellas el lugar preeminente que de derecho le corresponde?

Creyéndolo así, he juzgado que podría ofrecer alguna utilidad la exposición de los medios de que disponemos para obrar sobre los sentimientos y el carácter de nuestros discípulos. Desde luego puede afirmarse que no hay recurso alguno de los que los tratados generales de Pedagogía recomiendan que no pueda emplearse con éxito en los centros de enseñanza superior, en su medida y á su sazón. El senti-

(1) *Discurso* de apertura de la Academia de Derecho de Madrid.

(2) *La libertad universitaria*, cartas al Excmo. Sr. D. Alejandro Pidal y Mon, publicadas en *La ciencia cristiana*, núms. 33, 34, 36, 39, 41, 44 y 47 del año 1884.

(3) *Discurso* inaugural de la Universidad de Oviedo, en 1884.—*La enseñanza del Derecho*, Madrid. El Sr. Posada ha hecho, además, una activa propaganda en favor de estas ideas en varios periódicos de gran circulación.

(4) *Discurso* inaugural de la Universidad de Madrid, en 1886.

(5) *Discurso* inaugural de la Universidad de Salamanca, en 1888.

(6) *Discurso* inaugural de la Universidad de Barcelona, en 1888.

(7) *Discurso* inaugural de la Academia de Derecho de Granada, en 1890.

(8) *Discurso* inaugural de la Universidad de Oviedo, en 1891.

do moral, la conciencia, el ejemplo, el hábito, la obediencia, las consecuencias agradables y desagradables de las acciones, la enseñanza misma de la Moral, pueden servir á los fines que la educación persigue. Pero sólo estudiaré aquí aquellos cuyo empleo corresponde más especialmente á la Universidad.

De ellos, unos se hallan al alcance de cada profesor; otros penden de la organización universitaria; muchos, en fin, deben ser puestos por los alumnos mismos, sin cuyo concurso todos los demás serían ineficaces.



III.

COMIENZO por el profesor porque de él depende, en su mayor parte, la obra encomendada á la Universidad. Las leyes, los reglamentos, las más sabias y acabadas organizaciones, nada valen sin los hombres que han de llevarlas á la práctica. Cuantas disposiciones se dictaran sobre la educación moral en la Universidad serían completamente inútiles si no encontraran un personal dispuesto á aplicarlas; mientras que con profesores de vocación, deseosos de cumplir con su deber, apenas hay inconveniente que no pueda obviarse.

La función del profesor es, además, insustituible, en cuanto que no hay términos hábiles de realizar educación alguna sin su concurso. La individualidad, que es la primera condición de la educación moral, exige personas que apliquen á cada individuo, en la medida que su temperamento lo aconseje, los preceptos y las reglas generales. Si el maestro no conoce á cada uno de sus discípulos; si no estudia su carácter y la educación que ha recibido y continúa recibiendo en la familia, sus esfuerzos serán perdidos y el desenvolvimiento de las conciencias que pretende dirigir se le escapará de entre las manos. « Los preceptos generales y los

procedimientos pueden servir, pero no bastan; la obra es esencialmente concreta y compleja; nunca valdrán lo que el talento, el tacto, el corazón y la inspiración personal de los maestros. » (1)

Por eso no cabe tampoco en esta materia dar recetas, ya que en cada caso hay que consultar la manera de ser del educando, sus aptitudes naturales, el influjo de los factores que con el maestro cooperan á su educación, etc. Pero hay, no obstante, una regla que puede colocarse á la cabeza de todas las demás y que no es susceptible de modificación, á saber: que el profesor debe ser un modelo vivo para el discípulo. Por su conducta intachable, por su tolerancia, por su justicia, por la igualdad de su humor, por el ritmo de sus actos, por su amor desinteresado y puro al bien y á la ciencia, por la energía viril de su carácter, por el tono ideal de su vida, labrará más en el alma del alumno, sin proponérselo siquiera, que con cuantas lecciones teóricas de Moral le haga, por hermosas y concluyentes que sean.

La observación de Binet y Fréré, citada por Guyau, sobre la fuerza del ejemplo, es concluyente. Se obtiene, dicen, de un sujeto una contracción dinamométrica menos intensa si se le dice: « Aprieta con todas tus fuerzas », que diciéndole: « Haz así » y poniéndose á apretar uno mismo. Otro autor añade que, según datos experimentales, toda manifestación de los instintos del alma, de los sentimientos y de las pasiones de todo género, excita sentimientos y pasiones semejantes en los individuos susceptibles de experimentarlos en cierto grado. (2)

Quien se dedique á esta profesión que, como el sacerdocio, tiene cura de almas, no ha de olvidar, pues, que es su primer deber conducirse irreprochablemente; y esto no tanto por obligación hacia sí mismo, cuanto por respeto sagrado á la pureza de los que han de procurar reflejarse en él como en un espejo.

Esta norma de conducta abarca la vida entera, que no sólo la que se hace dentro de la Universidad; pero contiene exigencias especiales respecto de ésta. El maestro debe, ante todo, profesar como una virtud la tolerancia, el respeto á todas las opiniones mantenidas honradamente. Nada más desmoralizador para los alumnos que el prurito de echarlo

(1) MARION, *Leçons de morale*, pág. 404.

(2) DR. DESPINE, *La contagion morale*, (Marsella, 1890).

todo á barato, de tratar con desprecio ó con crueldad cuanto no concuerda con las ideas del expositor. Lejos de eso, se tratará de hallar el lado defendible de las teorías, para explicar la razón que pudo mover á sus partidarios á adoptarlas y sostenerlas, y se procurará incorporar al saber común las verdades que en todas las exposiciones científicas se halla, sabiendo buscarlas.

Hacer gala de donaire á costa de las opiniones ajenas es facilísimo en un país como el nuestro donde tanto abundan la gracia y el ingenio; pero constituye una lección deplorable para los estudiantes, que se acostumbran así á combatir todos los sistemas sin conocerlos, á tratarlos con desprecio y á considerar como gentes con quien todos podemos hombrecarnos á los sabios ante cuyos nombres debieran descubrirse con respeto.

El jóven es por inclinación natural respetuoso con todas las ideas, siempre que no se opongan al honor y á la justicia, y benévolo con todas las personas, cualesquiera que sean sus ideas. Los intolerantes son, desde los pies hasta el cabello, fruto de la educación, y fruto bien amargo por cierto. Sólo con abstenerse de toda acción en este sentido se conseguirá que el estudiante no muestre rencor ni antipatía hacia las opiniones ajenas, acoja con cariño las verdaderas y examine y combata cortesmente las restantes. Ahogar sus impulsos generosos, poner trabas á su corazón puro del cual se desborda la caridad, es obra criminal... y además, inútil en cuanto á los resultados que podrían explicarla, si se obtuvieran. En efecto, nunca se ha visto que por medio de la intolerancia se modifiquen las ideas; sólo á cerebros perturbados ha podido ocurrírseles convertirla en medio de propaganda. Marion lo ha dicho: la intolerancia es una aberración, un error radical acerca de la naturaleza de las creencias morales, una tontería al par que una falta y una injusticia.

Y si estas calificaciones son exactas ¿qué decir de aquellos profesores que, coartando el derecho de todo hombre á la libre investigación científica, prohíben á sus discípulos exponer ideas distintas de las que ellos proclaman exactas? ¿Cómo juzgar á los partidarios del *magister dixit*? ¿Con qué palabras condenaremos el hábito de considerar como falta de disciplina el que el discípulo contradiga, con buenas y respetuosas razones, la manera de pensar del profesor? ¿Qué enseñanza sacarán tales alumnos acerca de lo que es la ciencia, de la imparcialidad y severidad con que pide ser

investigada y de los deberes que tenemos para con nuestra propia conciencia?

Semejante proceder se halla motivado en nuestra patria por infinitas circunstancias, entre las cuales quizá no pueda contarse en muchos casos la intención del profesor; pero no por eso se debe dejar de censurarlo con toda la energía que merece, sobre todo, si el que le sigue es un catedrático de Universidad. En las regiones serenas de la ciencia no hay ódios, no hay rencores para nada ni para nadie; todas las ideas se unen en fraternal consorcio, como aspectos parciales que son de la verdad.

¿Recomendaremos por esto la indiferencia ó el escepticismo en materia científica? ¿Haremos á los alumnos descreídos? De ninguna manera: entre la tolerancia y la indiferencia hay un abismo. Somos tolerantes porque al profesar nuestras ideas no rechazamos la posibilidad de que otros puedan tenerlas distintas con la misma convicción, y, sobre todo, con el mismo derecho que nosotros, y cuanto más fé las nuestras nos merezcan, tanto más respeto guardaremos á la fé con que profesan las suyas los demás. El indiferente, aquél á quien nada le importa nada, lo mismo que el que en nada cree, no pueden encontrarse entre los estudiantes más que cuando una educación á la inversa los ha pervertido hasta el fondo del corazón.

También se halla obligado el profesor á ser dentro de la clase rigurosamente justo en sus apreciaciones y en sus juicios, y cortés y mesurado en sus palabras. Si por acaso hubiera en alguna Universidad un maestro injusto, que tratara con desigualdad á los alumnos, no según sus actos, sino por motivos ajenos á la enseñanza, ¡qué terrible gérmen de corrupción y de indisciplina se habría introducido en la Escuela! A privilegio especial de la Providencia habría de tomarse el que los discípulos de tal maestro conservaran, después de un trato prolongado con él, noción alguna de justicia.

Pero si no son frecuentes las injusticias que chocan, las que llamaríamos grandes, hay actos, á los cuales á veces nos sentimos inclinados sin saberlo, que hieren en el jóven el sentimiento de la justicia á la vez que el de la dignidad. Quiero hablar de las burlas injuriosas que algunos profesores, pocos, por fortuna, emplean, como estímulo para el trabajo casi siempre, lo que en las clases de Facultad viene á representar los cuadros negros, los bancos de postergados, las tablas de perezosos, las posturas humillantes, los capuchones con orejas de asno, etc.; de las escuelas primarias.

¿Qué sentido moral resiste á tales procedimientos? ¿No se acostumbra así al jóven á la humillación y á la bajeza? ¿No se le obliga á despreciar su dignidad y su honor, puestos á cada paso en la picota por quien más obligado se halla á respetarlos?

Como ha dicho un malogrado filósofo italiano, Siciliani, el fundamento teórico inmediato, la base más sólida de la obra educativa, está en el concepto de la dignidad personal, concepto adivinado por la filosofía de Confucio y el estoicismo greco-romano, sentimiento vivamente expresado y con acento novísimo y entusiasmo predicado por el Cristianismo primitivo (1). El principio de los principios, es, según Kant, la idea de la dignidad humana; que, al hacerse sensible, se transforma en respeto. «Respetar á otro, respetarse á sí mismo, es decir, respetar á la humanidad en otro y en sí mismo, tal es el resumen de la Moral» (2).

Usar de la vergüenza como castigo ó como estímulo expone á conseguir resultados deplorables, como hace notar Bernard Perez: ó el rencor y el ódio, si se trata de temperamentos sombríos, más inclinados á recordar las penas que los placeres; ó la burla y el escarnio, en los temperamentos placenteros, siempre prestos á virar de bordo al primer viento de borrasca y en los cuales la vergüenza se desliza y no se sabe por donde cogerla. En cambio, «los caracteres pasivos é indiferentes se hacen á la humillación como á toda otra necesidad impuesta por la fuerza. Los tímidos, los concentrados, más inclinados que los otros á la observación, no tardan en advertir que hay dos medios cómodos de escapar á la humillación ó al castigo: ocultarse para obrar, ó mentir después de la acción».

Para evitar estas desviaciones del carácter es preciso que las reprensiones se hagan, por regla general, en privado y en términos suaves y comedidos, más propios para excitar al arrepentimiento al delincuente que para hacerle sentir la vergüenza de sus actos; desterrar los llamados castigos de honor, que ponen la vergüenza al servicio de diversos fines casi siempre menos importantes que ella misma, y en ocasiones, evitar al educando el rubor de saber que su falta es conocida por las personas de su mayor afecto, concediéndole este silencio como un señaladísimo favor.

(1) SICILIANI, *La scienza nell' educazione*, pág. 201.

(2) THAMIN, *Traité de pédagogie, de Kant*, pág. 24.

Ayudará á hacerlo así la consideración de otro principio que debe presidir á la relación del maestro con el discípulo: se supondrá siempre á éste inclinado á hacer el bien; en posesión de lo que un moralista llama el prejuicio del bien. Nuestras palabras y nuestros actos darán siempre á entender que, salvo prueba en contrario, lo juzgamos bueno, y que fiamos más en su sensatez y cordura que en las garantías exteriores que pudiéramos adoptar en previsión de sus malas acciones. Si juzgais siempre malo al jóven, correis el peligro de que realmente se haga así para corresponder á vuestros juicios; le dais hecha la fórmula de su personalidad y la adoptará antes que buscar otra. Con razón dice Guyau que la doctrina de Confucio sobre la bondad de la naturaleza humana en el hombre normal, aunque discutible en Fisiología, es útil para la sugestión educativa (1). Hay una sugestión del bien en cuya virtud el que se cree honrado, ó el que ve que tal concepto merece á las personas que le rodean, procura sostenerse en la posesión de su papel y llega al cabo á perfeccionarse moralmente, cuando empezó obedeciendo sólo á móviles exteriores. Por eso todas las acciones del educando deben interpretarse ante él por su lado más favorable, suponiendo siempre la rectitud de intención y resistiéndose á creerlo capaz de hacer el mal. «El hombre—decía Pascal—está hecho de modo que, á fuerza de decirle que es un tonto, lo cree y á fuerza de decírselo á sí mismo llega á creerlo también.» El idéntico resultado se obtiene cuando se procura convencerlo de que es un malvado. De aquí que entiendan el asunto completamente al revés los que aprovechan todas las ocasiones para echar en cara á los alumnos los defectos de que adolecen, ó las faltas que han cometido; y no mejor aquellos que los consideran como enemigos natos y procuran por todos los medios imponerse á ellos, como se suele decir, atemorizarlos, cual si colocados en esta actitud fuera posible educación, ni instrucción siquiera.

La sinceridad científica es otra cualidad indispensable en el profesor y de gran influjo moral sobre los alumnos. Importa tanto para la educación del sentimiento y del carácter, cuanto para la misma educación intelectual, decir las cosas tal cual son; no precipitarse ni anticiparse en el terreno de las inducciones; abstenerse de proclamar como verdades las que no se ha comprobado de antemano.

(1) Guyau, *Educación et hérédité*, pág. 22.

Y otro tanto debe exigirse á los alumnos: ingenuidad perfecta en la manifestación de su propio pensamiento; exposición de las dudas todas que se les ocurra; jamás la repetición servil de las ideas expuestas por el maestro, sin tomarse el trabajo de analizarlas. En este punto todo estudiante tiene el deber de ser escéptico, es decir, de no creer más que aquello que por sí mismo haya averiguado; de examinarlo, de comprobarlo todo, de no aceptar las verdades bajo la autoridad de ageno criterio. Obligación es del profesor animarlo con su ejemplo á vivir prevenido contra la pereza intelectual, que nos mueve á evitar el exámen detenido de las cosas y priva á los jóvenes de la ingenuidad y la frescura de espíritu que son las notas más agradables de su carácter.

La cortesía y las buenas maneras merecen una atención particular, en cuanto son una virtud que sólo puede adquirirse con el ejemplo. No basta tener un carácter recto, firme, justo, veraz y tolerante; se necesita en la vida la flexibilidad que dan los buenos modales, esa cierta actitud, esa gracia en la manera de conducirse, que, á la vez que redondea las esquinas, nos hace agradables á los ojos de los demás por la seguridad y la libertad con que obramos y por la posesión de nosotros mismos que demostramos. La Bruyère ha probado en pocas palabras esta necesidad, en su conciso estilo: » Con virtud, capacidad y buena conducta se puede ser insoportable. Las maneras, que descuidamos como cosa pequeña, son, muchas veces, lo que hace que los hombres decidan de nosotros en buen ó mal sentido; una ligera atención en tenerlas suaves y elegantes previene sus malos juicios. No se necesita casi nada para que lo crean á uno orgulloso, incivil, desdeñoso, ingrato: se necesita menos todavía para ser tenido por todo lo contrario. » (1)

Y aún es más importante la consideración de que, según la observación de M.^{me} de Saint Lambert, si la cortesía no siempre inspira la bondad, la equidad, la complacencia, la gratitud, da al menos sus apariencias y hace figurar al hombre por fuera como debiera ser interiormente. Si ahora se

(1) LA BRUYÈRE, *Caractères*, pág. 107. Véase también el notabilísimo estudio de D. F. Giner, titulado: *Spencer y las buenas maneras*. (*Estudios sobre educación*, Madrid, 1886). El artículo de Spencer que comenta: *Las maneras y la moda*, se ha publicado en la *Revista de Westminster*.

También Locke dedica á esta materia, en sus *Pensamientos*, toda una larga sección (la XXIII) y buena parte de otra.

considera que nuestros actos influyen sobre nuestro carácter y que tendemos á ser por dentro como aparecemos por fuera, se comprenderá toda la trascendencia de la cortesía y las buenas maneras. Gratiolet la ha puesto bien de manifiesto. Según él, los movimientos y las actitudes del cuerpo, despiertan sentimientos correlativos y por su mediación influyen sobre los movimientos de la imaginación y sobre las tendencias del alma misma. « Si de nuestras actitudes nacen instintos, se comprenderá cómo la Fisiología justifica la importancia que se concede á las buenas maneras: son las formas de la virtud, y el que desde la infancia ha contraído la acción del bien, nunca hablará fácilmente el lenguaje del mal. » (1) Observación que concuerda con la siguiente de un distinguido anatómico: En ciertos sujetos hipnotizados se puede provocar ideas alucinatorias por la posición que se da á los miembros. Poniendo los brazos en actitud de orar, por ejemplo, se excita en el paciente la idea de la oración, y así sucesivamente para un gran número de ideas relacionadas con una actitud determinada del sistema muscular. (2)

Y si el profesor no posee buenas maneras, imposible será que los discípulos las adquieran. » Tenedlo por cierto—dice atinadamente Locke—cualesquiera que sean las instrucciones que deis á vuestros hijos; cualesquiera que sean las lecciones de civilidad, de buena educación, que reciban todos los días, nada ejercerá tanto influjo sobre su conducta como la sociedad que frecuentan y las maneras de las personas que los rodean . . . Nos parecemos á los camaleones, que reflejan siempre el color de los objetos próximos, y no debe asombrarnos que así sea en los niños que comprenden mejor lo que ven que lo que oyen. »

Después de esto ¿habrá necesidad de insistir sobre la conveniencia de que el profesor haga un estudio especial de sus maneras?

Otra virtud muy poco frecuente, é íntimamente relacionada con la cortesía, es el buen humor. A muchos parecerá extraño que se predique el buen humor como una obligación y se lo coloque entre los deberes profesionales de maestro. Nada más necesario, sin embargo, para la acertada dirección de la juventud, ni que con mayor insistencia deba recomen-

(1) *De la Physionomie*, pág. 66.

(2) CH. RICHET, citado por Marion. (*De la solidarité moral*).

darse en la época de agitación febril y neurótica en que vivimos.

Es el buen humor virtud bastante rara en la familia y la sociedad. Fontenelle daba muestras de poseer un fino espíritu de observación cuando, en uno de sus elogios, queriendo hacer el retrato más favorable del personaje que alaba, coloca este rasgo por encima de todos los demás: » En fin, tenía un humor agradable, hasta en su casa. » En nuestras clases, que debemos estórnzarnos por hacer agradables, es de una importancia capital, ya por lo que atrae las simpatías de los alumnos, ya porque constituye un excelente ejemplo que se apresurarán á imitar.

Todas estas recomendaciones, en las cuales he procurado resumir las doctrinas pedagógicas corrientes, podrían condensarse en aquella profunda sentencia de un escritor francés: « La Pedagogia no tiene secreto más importante que el siguiente: educadores de la juventud, trabajad sin descanso en vuestra propia educación. » (1)

Pero además de dar ejemplo, puede el profesor influir expresamente sobre el corazón y el carácter de sus discípulos, manteniendo con ellos relaciones familiares, en la clase, en el trato personal que ella engendra, en los juegos corporales que deben organizarse, y en las excursiones escolares que, al mismo tiempo que educan física, intelectual y moralmente, revelan al maestro el alma entera del discípulo.

Para poder, en todas estas ocasiones, dirigir como amigos cariñosos la vida de los alumnos, aconsejándolos en las circunstancias difíciles, y manteniéndolos siempre en el camino de la virtud, necesitamos empezar por penetrarnos de que éste es el aspecto más importante de nuestra misión; que poco importa que hagamos de los alumnos primores de sabiduría, si no sabemos preservarlos de los vicios que truncan su vida en flor. Adquirido aquél convencimiento, tendremos por añadidura los medios de influir sobre los sentimientos y la voluntad del educando: huiremos de exponer solemnemente, *ex cathedra*, en galanos discursos, la enseñanza, para que la aproveche quien pueda, sin cuidarnos del

(1) F. CADET, *M.^{me} de Maintenon*, Introducción, XXXIV, (París, Delagrave, 1885).

resultado; la haremos, en cuanto de nosotros dependa, llana, familiar, agradable, colocándola á la altura de todos y cada uno de los que han de recibirla; estimulándolos á interesarse por las cuestiones que se discutan; colocándolos en aptitud de trabajar por sí mismos; trayendo, en una palabra, á la Universidad el sentido sério, profundo, intuitivo, realista, que reina ya en la escuela primaria, y acercándonos de este modo á los jóvenes que debemos educar.

El profesor vivirá así en comunicación constante con los alumnos; cobrarán éstos personalidad en la clase; dejarán de constituir una masa anónima, para convertirse en individuos dotados de nombre y rostro propios, y en la misma progresión en que la individualidad se acentúe en ellos, crecerá también el sentimiento de su responsabilidad.

Partiendo de aquí, no ha de ser difícil continuar fuera de la clase el trato personal que tal procedimiento de enseñanza provoca, hablando frecuentemente con los alumnos; ocupándose de ellos en todo momento en que sea necesario para la dirección de su conducta; conociendo el carácter de cada cual; sabiendo cómo viven y en qué invierten el tiempo; aconsejándolos y dirigiéndolos; practicando, en fin, sin limitaciones, lo que Pestalozzi llamaba el arte divino de la educación.

Los juegos corporales al aire libre y demás ejercicios físicos, que han dado el tono á las célebres Universidades inglesas, y cuya introducción entre nosotros aconsejan millares de razones de todo género, contribuirán aún á poner al profesor en situación de conocer exactamente al alumno á quien ha de educar y á hacer más estrechas sus relaciones con él. Organizados á la manera como se practican en Oxford y Cambridge, ó como los van planteando la sociedades atléticas francesas, no sólo libran á la raza del empobrecimiento y la degeneración, dando á los jóvenes robustez y vigor, sino que son una excelente escuela de carácter, y en tanto, un poderoso elemento de educación moral. Ya educan en todos sentidos desde que conservan al cuerpo la salud, base, por lo general, de todo buen carácter. En este respecto, el juego surtirá casi siempre el mismo efecto que con profundo sentido atribuye Tyndall al oxígeno, al decir: «Cada vez que abro mi ventana por las mañanas para respirar el aire fresco y puro, entra por ella Minerva» y se podría añadir: hago provisión de buen humor para todo el día.

No ha de olvidarse que «el primer deber del educando es velar por la perfecta salud de sus músculos y de su san-

gre» (1) y que se siente algo de enfermizo en una juventud que no juega. «Quiero que los profesores sepan—decía no hace mucho, en una circular, el Ministro de Instrucción pública de la vecina República—que hay tanto mérito en organizar un juego como en asegurar la disciplina en un estudio. No teman ver por eso disminuida su autoridad: los jóvenes les agradecerán que se interesen por sus placeres como por sus trabajos.»

La base natural, se ha dicho también—la primera garantía de una buena educación moral, es una sana y viril educación física. Los ejercicios corporales son verdaderas lecciones prácticas de moralidad y de virilidad.

La mitad de la educación inglesa, y no la mitad peor,—dice, por su parte, Bréal—se da en el bote ó en el prado: allí el joven inglés adiestra su cuerpo, forma su carácter, ejercita su voluntad. (2) «Jóvenes, temed á Dios... y haced marchas forzadas: es el precepto que prepondera en el famoso libro *Tom Brown at Oxford*. «Nosotros los hacemos—añade un profesor inglés, refiriéndose á los estudiantes—anchos de hombros como de ideas (*Broad views and shoulders*).

Molestaría demasiado vuestra atención si hubiera de citar todos los testimonios que pueden aducirse en pro de la necesidad y aún la urgencia de introducir la educación física en nuestros establecimientos de enseñanza superior. Compare quien conserve acerca de este punto alguna duda los frutos de la educación inglesa con los obtenidos por cualquiera nación del continente, y confesará que no sólo aquellos estudiantes son más fuertes, más sanos y más finos, sino que, además, superan á los otros en personalidad, en carácter, en energía y vigor intelectual, y en espíritu científico, que vale más que la ciencia misma. Yo sólo considero aquí el problema desde el punto de vista de la educación moral, y en este respecto puede afirmarse, sin género alguna de duda, que el aburrimiento y la anemia engendran en nuestros estudiantes más vicios que ninguna otra causa; que si invirtiesen buena parte de su tiempo en jugar varonilmente, habría la seguridad de que serían más perfectos, aunque echaran de menos su presencia los cafés donde no se respira, los juegos de billar, los burdeles y demás centros análogos, donde pierden, con daño de la salud, los mejores años de su

(1) BLACKIE, *L' éducation de soi-même*.

(2) *Excursions pédagogiques*, (Paris, Hachette, 1882), pág. 247.

vida, aquellos que, además, suelen ser decisivos para sus costumbres.

A los profesores toca impulsar la organización de ejercicios físicos de todas clases, y especialmente, de juegos corporales al aire libre, que son los que con preferencia recomiendan la higiene. Necesitan aquí, como en todo, predicar con el ejemplo; jugar ellos los primeros... y si alguien se sonriera de oírme preconizar esta «degradación» de la respetable toga, cuente que en Inglaterra, (bien que se trata de un país insignificante y atrasado), para ser Rector de una Universidad no vale á veces tanto poseer una alta reputación científica como saber jugar al *cricket*.

Tengan en cuenta que al principio nadie les ayudará y que, como siempre que se trata de redimir á alguno, hallarán quizá la mayor resistencia en los mismos redimidos, es decir, en los estudiantes. Hay una razón fisiológica y psicológica que lo explica satisfactoriamente en este caso, y es, que el individuo degenerado, como lo hace notar Maudsley, es atraído por las relaciones hostiles á su bienestar; por las que aumentan su degeneración y tienden á suprimirlo; (1) jamás por las que podrían levantarlo y redimirlo.

Aún acercan más el alumno al profesor los viajes escolares, que permiten á éste observarlo constantemente durante uno ó varios días; se lo muestran tal como es en todas las situaciones de su vida y lo colocan en condiciones de influir poderosamente sobre sus sentimientos y su carácter. Las excursiones contribuyen en gran manera á la salud, y son excelente escuela de carácter, y medio de adquirir intuitivamente buena suma de conocimientos, estudiando las cosas por observación directa, en vez de aprender lo que de ellas dicen los libros.

M. Charles Gide, catedrático de Economía en la Universidad de Montpellier, juzga que las excursiones á pié constituyen el género de *sport* más agradable de todos, y considera como las mejores las que no persiguen otro fin que el placer de la caminata misma, «la voluptuosidad, inevitable para el que sabe gustarla, que se experimenta al desentumecer las piernas, al dilatar los pulmones, al acostarse sobre la paja, al beber el agua en el hueco de la mano, y al vivir, en fin, aunque no sea más que algunas horas, la verdadera vida, la de los salvajes y los bohemios.»

Pocos países se prestan como nuestra provincia á estas

(1.) FERÉ, *Revue philosophique*, 1887, pág. 357.

excursiones escolares. En ella cabe « hacer alpinismo » con relativa comodidad y sin grandes riesgos; abundan los paisajes de primer orden, y no faltan tampoco monumentos que admirar y que estudiar; todo, á una distancia que pueden franquear hasta los más débiles. Y si las excursiones son provechosas; si producen buenos resultados, pueden decirlo los profesores y alumnos merced á las cuales este medio de educación no es ya una novedad en nuestra Escuela. Muchos de ellos me escuchan, y recordarán de seguro las preciosas enseñanzas que deben á estos pequeños viajes y la cordialidad y la agradable expansión que en ellos reinan.

Creo yo, como M. Gide, que, desde el punto de vista de la educación moral, no se pierde el tiempo, (antes bien sería difícil darle mejor empleo), cuando las excursiones se verifican sin un fin científico determinado; pero quien desee hacerlas inmediatamente instructivas no dejará de encontrar, en el campo y en las poblaciones que visite, multitud de objetos de estudio; y aunque prescindá de la Botánica, la Mineralogía, la Entomología y la Historia, aún tropezará con gran número de materiales aprovechables para un estudio profundo del Derecho vivo, en los grandes centros industriales y económicos, donde todos los problemas sociales se hallan planteados, y en los municipios rurales, donde aún queda tanto Derecho consuetudinario que estudiar, persistente, tenaz, más poderoso que todas las reformas legislativas. Con este sentido y sobre estos datos se han construído los admirables libros de Summer Maine; los estudios del Rev. Wentworth Webster sobre la propiedad común en el Norte de España; los del señor Pedregal sobre, *la familia rural en Asturias*, y la colección titulada: *Materiales para el estudio del Derecho municipal consuetudinario de España*, por los Sres. Costa, Pedregal, Serrano y G. Linares.

Por todos los medios indicados, y muchos más que el buen deseo sugerirá á cada cual, puede el profesor realizar una obra de inmensa trascendencia: la educación total de sus discípulos. Es urgente emprenderla, por deber, por amor á la profesión y hasta por egoísmo, pues va en ello la vida de la Universidad.



IV.

APARTE de lo que aisladamente pueden hacer los profesores, y ya vimos que es mucho, la Universidad, considerada abstractamente con independencia de ellos, tiene también grandes deberes que cumplir, en orden á la educación moral. Necesita poner á los maestros en condiciones de ejercer la acción bienhechora indicada más arriba; facilitársela, separando todos los obstáculos de carácter oficial y corporativo que pudieran oponérsele, é influir á su vez positivamente, como cuerpo, sobre la conducta de los alumnos, hasta llegar á hacer de sus aulas « un domicilio de la juventud; un lugar de cita antes de la dispersión, donde se gusta el placer de ser jóven y de estar juntos; donde se canta y se ríe, al mismo tiempo que se trabaja; donde los escolares se preparan para la vida, alegremente, sin pedantería (1).

Desde el aseo y la bella disposición de las clases hasta los planes de estudio; desde las relaciones que entre sí mantienen los profesores, hasta la disciplina del establecimiento, todo influye sobre la calidad y el nivel de los sentimientos

(1) LAVISSE, *Etudes et étudiants*, pag. 113.

de los alumnos y sobre las notas de su carácter. Lo mismo que la organización entera de la escuela puede secundar eficazmente la acción del maestro, puede contrariarla y destruir sus efectos mejores.

De aquí la importancia que para la educación moral del estudiante tienen muchas cosas que, á no considerarlas en esta relación, parecerían frívolas, y que, por su trascendencia sobre el sentimiento y el carácter, ofrecen mayor interés que lo que por más grave se tiene dentro de la Universidad. Tal sucede con los locales donde se presta la enseñanza; las bibliotecas, los lugares de aseo y el aspecto exterior de todo el edificio universitario. Conozco muchas Universidades en España (no la nuestra, por fortuna) donde, á juzgar por las señales, los albañiles y pintores no deben de entrar más que de siglo en siglo. Hay otras cuyas clases son verdaderas mazmorras, sin luz y sin aire, más á propósito para prisiones marroquíes que para salas de trabajo europeas. He visitado alguna, construída de nueva planta, por cierto, y que costó muchos millones, con un lujoso parainfo, más lujoso que bello; con grandes salas para Decanatos y para grados; magníficas habitaciones para morada del Rector... y clases donde á duras penas podrán estar veinte personas, si se resignan á no respirar y á usar luz artificial á mediodía. Del mobiliario no digamos: predominan los bancos estrechos, duros, de un sólo plano, sin pupitre y sin respaldo, con lo que los técnicos llaman distancias positivas... Y pasemos en silencio lo que toca á otras habitaciones indispensables, convertidas, por abandono, en asilos de toda porquería.

Pues bien; no sólo las razones de estética, de decoro y de buen parecer exigen una reforma inmediata de estas cosas; la reclaman imperiosamente también los intereses de la educación moral. Si la Universidad ha de constituir el domicilio social de los alumnos, el lugar de su predilección; cómo no procurar, adecentándola, que, hasta materialmente, inspire cariño, en vez de repugnancia y asco? Y por otra parte, ¿qué ejemplos de orden, de aseo, de elegancia, de belleza, llevarán los alumnos, á la familia y á la sociedad, si los más altos centros de educación del país reúnen en sí todas las porquerías y todas las fealdades?

Por ambas razones es de absoluta necesidad la cómoda, agradable y bella disposición de los locales: porque constituye un ejemplo constante para los alumnos y contribuye á hacerlos amar á la Universidad, sin el cual amor poco po-

drá influir ésta sobre su conducta. No es lujo lo que se pide, sino orden, aseo y elegancia: el gasto es compatible con las economías (por no decir mezquindades) que actualmente privan en el presupuesto de instrucción pública.

La objeción, la grave objeción que se opone siempre á estas reformas, apenas necesita refutarse: es inútil, se dice, adecentar las cosas porque los alumnos las estropean todas. Aparte de que el hecho no es cierto y de que la experiencia, por el contrario, prueba que cuanto más rica y bella es la decoración de un lugar, más la respetan los que en él entran, por incultos y rudos que sean, todavía habría que contestarles á los que alegan tal inconveniente, que si las paredes se manchan, deben pintarse de nuevo, y si se estropean los bancos, deben ponerse otros; en la seguridad de que en esta lucha entre el aseo y el orden, de un lado, y los hábitos inveterados de desaseo y desorden, del otro, vencerá quien sea más tenaz; y no habrá necesidad de pasar de la segunda ó tercera reposición.

Siempre recuerdo, cuando de esto se habla, la observación del funcionario que en cierta ocasión me enseñaba la Universidad de Barcelona. Posee esta un buen jardín que podría servir de lugar de esparcimiento á los alumnos en los intermedios de las clases. ¿Salen mucho los estudiantes al jardín? se me ocurrió preguntar. — ¡Oh!, pues si se les dejara abierta la puerta del jardín ¿para qué queríamos jardinero? ¡Bueno lo pondrían todo!--En efecto—repliqué, en voz baja—así está de estropeado y perdido el Parque de Barcelona que el Ayuntamiento coloca bajo la protección del público y donde los estudiantes entran á todas horas. A los estudiantes, sensatos y cultos en el Parque, se lo reputa ingéñtamente sucios, traviosos y mal intencionados en la Universidad. ¿Será culpa suya, ó de la Universidad? Si en el Parque son personas decentes, porque así se les trata, porqué no se empieza suponiendo que es imposible que lo sean ¿qué motivos puede haber, ¡cielo santo!, para que no se les otorgue en los cláustros la misma consideración?

El ejemplo de la Universidad de Oviedo en este punto no será perdido. Ninguna otra, que yo sepa, entre las españolas, salvo dos áulas de la de Madrid, tiene amuebladas sus clases con el cuidado y el estudio que ella; en pocas se guardará á la estética tantos respetos como aquí; los lugares de aseo se han construido recientemente con casi todas las condiciones exigidas por la Higiene... ¿Y notais grandes desperfectos cada año, á pesar de que con nuestros alumnos

alternan los del Instituto de segunda enseñanza? ¡Ah! si yo pudiera contároslo sin que los estudiantes lo oyeran, os diría que si hay algo que no se respete y se cuide bastante todavía, es porque nosotros no le damos tampoco la importancia debida: cuando nos lo propongamos de veras, el mobiliario se conservará limpio é intacto; no se escupirá en el entarimado y no habrá por ninguna parte incisiones ni letreos de mal gusto.

Es otra condición *sine qua non* para influir directamente sobre los alumnos la limitación del número en cada clase. En las muy numerosas, sobre que apenas cabe otro procedimiento de enseñanza que la conferencia explicada ante un público anónimo, (1) y por su misma falta de nombre casi siempre desatento, son de todo punto imposibles el trato íntimo, la familiaridad, la intimidad, sin las cuales no hay más influjo educador que el del mero ejemplo.

Es, pues, indispensable que el número de alumnos no exceda en cada clase de aquél que permita al profesor mantener un trato personal diario con cada uno de ellos. Sin esto, huelga gran parte de lo dicho más atrás acerca de la acción del maestro sobre la voluntad de los alumnos. Cabría su ejemplo y á lo más alguna lección de Moral; pero ¿cómo comparar el valor de una lección con la dirección de todos los días y de todos los momentos?

También es un obstáculo para la educación moral la existencia de los exámenes, por tantas razones condenados sin apelación. Los exámenes, que son inútiles y vanas fórmulas cuando el profesor conoce á los alumnos, y una prueba muy imperfecta en otro caso; que tienden á convertir la enseñanza en mera preparación para la obtención de buenas calificaciones; que perjudican á la salud y dañan á la espontaneidad é ingenuidad del alumno, obligándolo á atiborrarse por procedimientos irracionales de ideas que no son suyas y que ha de apresurarse á olvidar, colocan en una relación violenta á los que necesitan mantenerse íntimamente unidos en bien de la educación. El alumno mira al profesor co-

(1) M. Carnoy, canónigo, profesor de Botánica y Biología en la Universidad de Lovaina, ha hallado el medio de hacer trabajar personalmente á todos los alumnos, al microscopio, en clases de 120, valiéndose de ayudantes; (Introducción á *La Biologie cellulaire*.—Bruselas, 1884), pero ni esto puede ser considerado más que como una excepción, ni contradice al principio general de que cada profesor debe tener á su cargo una corta sección de alumnos, pues si no los tiene el profesor, los tienen los ayudantes, que en este respecto desempeñan su función.

mo á enemigo, ó por lo menos como á juez severo, que dispone de su porvenir en combinación con los caprichos de la suerte, y á la ciencia, según la frase gráfica de un profesor español, como un conjunto de respuestas á un programa; no como el conocimiento de lo que las cosas son en realidad, sino de lo que el profesor quiere que se piense y diga de ellas; con lo cual se falsea el espíritu científico y se desmoraliza, mediante esta corrupción del pensamiento, la vida entera individual y social. (1)

La supresión de los exámenes, coincidiendo con la limitación del número de alumnos, sin la cual sería imposible, es, según ésto, una necesidad, sea cualquiera el aspecto bajo que se consideren aquellos actos; ya se los juzgue desde el punto de vista de la salud del alumno, ó de su rectitud y sinceridad científica, ó de la espontaneidad y la frescura de su espíritu, ó de la afección que debe tener para el profesor. El camino está ya trazado en nuestra patria por el famoso decreto del Sr. Gamazo que, por circunstancias que no son del caso, alcanzó efímera vigencia.

No es menos conveniente para la educación moral de los alumnos la frecuente comunicación de los profesores entre sí, por medio de juntas, conferencias, reuniones de cualquier género, que multipliquen las ocasiones de estrechar los vínculos que siempre unen, por sobre todas las diferencias de escuela y de partido, á los que se hallan empeñados en la noble tarea de educar á la juventud. La Universidad, en vez de ser *alma mater*, carecerá de alma si los profesores no se unen en una idea común. Por sobre la estrechez de criterio y el egoísmo de los partidos, de las escuelas y de las sectas, hay fórmulas amplias, capaces de unir todas las inteligencias, todos los corazones y todas las voluntades en el común amor de la verdad y de la patria. ¿Donde podrán y deberán olvidarse las pasiones y las rivalidades de opinión mejor que en los umbrales de estos templos consagrados á la educación nacional, que sólo puede vivir de amor y de paz?

Pueden separar las más radicales diferencias á los maestros de la Universidad en el terreno de las ideas; pero los une de seguro una profunda devoción á la enseñanza, el cariño á la juventud y el culto de los nobles ideales. Ocu-

(1) GINER, *La aglomeración de alumnos en nuestras clases de Facultad*. —Educación y enseñanza, pág. 109.

pándose frecuentemente los profesores como cuerpo en el estudio de los intereses de la educación de los alumnos ¿hay necesidad de decir que apenas se necesitaría otra cosa para el progreso de ésta? No sólo la Universidad respondería en conjunto á todas las exigencias que vamos señalando, sino que cada profesor sacaría de estas reuniones confirmada su fé y fortalecida su voluntad de trabajar sin tregua ni descanso en la reforma de la juventud y ésta hallaría en la solaridad del cuerpo docente un alto ejemplo que imitar. La enseñanza, á su vez, participaría de un espíritu común, en vez de acantonarse cada catedrático en su asignatura cual si ninguna relación tuviera con las demás. Las necesidades de la enseñanza serían convenientemente medidas y pesadas por los que mejor pueden conocerlas; la Universidad tendría su opinión propia sobre sus propias cosas, y por maravilla se daría el caso, hoy tan frecuente, de que todos menos ella dipongan á su antojo de la disciplina, los métodos y hasta los profesores.

La Universidad debe relacionarse también con las familias de los alumnos. No es posible prometerse grandes frutos de la educación que ella dé, si no marcha de acuerdo con la familia; si el influjo de ésta no se cuenta entre los factores educativos. La familia de cada alumno debe conocer su situación dentro de la Universidad, su asistencia, su comportamiento, su aplicación, las tendencias que, á juicio de los profesores, importa reprimir ó alentar: colaborar, en suma, activa, continúa é inteligentemente en la obra de la Universidad.

Permanecer completamente ajenos á vida de sus hijos dentro y fuera de aquí, como hacen muchos padres, es olvidar el cumplimiento de su primer deber en cuanto tales, y dificultar en extremo la educación; más aún en este caso debe la Universidad procurar llegar hasta los padres por medio de sus hijos y atraerlos al cumplimiento de esta obligación.

Pero hablo en el supuesto de que los estudiantes tengan sus familias en la misma población donde se halle emplazado el edificio universitario. Las dificultades suben de punto cuando necesitan vivir lejos de ellas, en casas de huéspedes ó en fondas. El internado, los colegios ingleses, el sistema tutorial, son medios por los cuales la Universidad puede influir todavía más directamente sobre estos alumnos que sobre los restantes, como en otro tiempo respondieron á la

misma necesidad los Colegios mayores y menores afectos á nuestras antiguas Universidades.

No es este el momento oportuno de discutir el sistema preferible, ni de encomiar las ventajas de la vida mixta, entre familia é internado, que tanto se practica al lado de las Universidades de Inglaterra. No sería recomendable la vuelta al antiguo fuero académico y á la vigilancia de las autoridades de la Universidad; pero si las garantías externas nada pueden, el celo de los profesores obrará milagros y sustituirá en muchos casos, con otros recursos, el medio sano y educador de la familia.

Después de cuanto queda dicho acerca de la acción particular de los maestros y la general y colectiva de la Universidad sobre la educación moral de los estudiantes, no es en rigor necesario hablar de la disciplina. Si todas las condiciones enumeradas se cumplen y se ponen todos los medios indicados, la disciplina existirá por si misma, como producto natural de ellos, y sin que requiera ninguna especial preocupación: será á la educación como la corteza al árbol, según las palabras de Monseñor Dupanloup.

El edificio de la Escuela, el mobiliario, la acertada distribución del tiempo, la compensación del trabajo intelectual por medio de ejercicios físicos, y por sobre todo ello, la autoridad moral del profesor y el cariño que haya sabido conquistarse en el corazón de sus discípulos, sostendrán la disciplina mejor que los medios puramente exteriores que es uso emplear todavía algunas veces; y la que así se obtenga será tanto más valiosa cuanto que no habrá necesidad de imponerla artificialmente y desde fuera, sino que vendrá de adentro, como la belleza de la hija del rey de que habla el psalmista.

¡Cómo se comprenderá entonces la inutilidad de todo ese complicado sistema de premios y castigos que es frecuente emplear para mantener la disciplina! Las recompensas, que sustituyen móviles interesados al puro amor del bien, y los castigos, que arriesgan destruir completamente la obra de la educación, serán de todo punto innecesarios: una Universidad bien organizada no necesitará usar siquiera esas palabras, y en cambio, conseguirá que dentro de ella reinen la cordialidad, la rectitud y la franqueza.

¿Se concibe siquiera que, conociendo personalmente cada profesor á sus alumnos y siendo por ellos considerado como guía de su vida y como su mejor amigo, ocurran esas lamentables é indecorosas huelgas escolares á que, por el natural progreso de los tiempos, han quedado reducidos los motines que más de una vez ensangrentaron las calles de Salamanca y Alcalá? Siendo la enseñanza lo que debe ser; despertándose con ocasión de ella el interés de los educandos, ¿no se evitaría esa prisa por huir de las clases que tantos conflictos provoca todos los años? Bien distribuido el tiempo; compensadas con excursiones y juegos las tareas que la labor científica exige, ¿habría quién tuviera interés en anticipar las vacaciones?

El empleo de medios exteriores para obtener la disciplina dice poco en pro del orden á tal costa asegurado. La escena relatada por Doederlein, á propósito de los premios, encerrará siempre una saludable enseñanza. Cuenta el renombrado pedagogo que durante su permanencia en Schulpforte, donde los premios habían sido desconocidos hasta entonces, el director, Ilgen, reunió un día á todos los alumnos, y con gravedad mayor que de ordinario y próxima al pesar, les anunció que en lo sucesivo se concederían premios. Parece, añadió, que la buena reputación de nuestra casa se halla en decadencia; de otro modo la administración, en su cordura, no hubiera creído necesario estimular vuestro ardor con la promesa de recompensas, lo que otras veces había parecido superfluo. Redoblad, pues, vuestro celo para mostrar que no habeis merecido, ó que no quereis merecer en el porvenir, una advertencia que no por ser dada discretamente es menos sensible. (1)

Una disciplina, basada en las cualidades personales del profesor, que haya sabido desarrollar en los alumnos la conciencia, los resortes afectivos y el sentimiento de la dignidad personal, podrá prescindir muy bien, y con gran ventaja para la educación moral de aquellos, del concurso de los premios y de los castigos. Rara vez dejarán de bastar por sí solos aquellos medios para mantener la disciplina; pero si hubiera jóvenes hasta tal extremo indóciles que en estas condiciones la alteraran, sería preciso colocarlos en un medio especial apropiado al estado de su espíritu. Serían casos patológicos, enfermos física ó moralmente, á los cuales no se

(1) Citado por Bréal.

dirigen las máximas y las reglas generales de la educación. Las casas de corrección ó establecimientos especiales que Bain pide para los niños que no pueden gobernarse como la mayoría de los de su edad, deberían igualmente establecerse para estos muchachos excepcionales.



V.

No basta, señores, en un estudio sobre la educación moral de la juventud universitaria, mostrar la acción de los profesores, ya aisladamente, ya como cuerpo, sobre la voluntad de los estudiantes; es preciso hablar á estos también. La mayor suma de obligaciones y de responsabilidades pesa sobre nosotros, sin duda, ¿pero cuántas no les corresponden también á los educandos mismos? Adolescentes como son cuando entran en la Universidad, traen ya formado á medias su sentido moral, conocen la extensión de sus deberes y pueden contribuir eficazmente á realizar su perfeccionamiento.

Menguado sería el fruto de nuestros esfuerzos si los escolares no se asociaran á ellos, ó se asociaran pasivamente. Cúmpleles corresponder con vigor á los afanes nuestros y yo no dudo de que corresponderán. ¿Cómo no tener esperanza en la juventud? ¿Qué hay en el mundo capaz de despertarlas mayores y más fundadas? Si nuestros estudiantes tienen deberes que cumplir, los cumplirán resueltamente y no se malogrará por culpa suya la obra de su educación, ni perecerán en sus manos el porvenir y la suerte de la patria.

No olvidad, mis jóvenes amigos, que el concurso de vuestro esfuerzo es absolutamente indispensable; que nada podemos hacer aquí sin él. Debeis prestarlo espontáneamente, sin violencia, por punto general; pero violentándoos, si fuera necesario, sacrificándolo todo á vuestra perfección moral.

Podría aconsejároslo en nombre de vuestro propio interés, pues nada puede hacer feliz la vida como la posesión de un buen carácter; pero sería indigno hablaros á vosotros el lenguaje del egoísmo. Son más altos los intereses que de vuestra educación moral penden: se trata de la salud y del progreso de la patria. Hay un patriotismo reluciente, populachero, grandioso y sublime cuando llega el caso, pero inoportuno fuera de las grandes y trágicas ocasiones: es el amor á la patria que se halla al alcance de todo el mundo y que muchas veces saben sentir mejor los hombres incultos y rudos que las personas ilustradas. Hay otro patriotismo, silencioso, oscuro, modesto, desprovisto de todo aparato, pero fecundo en provechosos resultados: es el del que trabaja lenta y tenazmente por el adelantamiento de la cultura pública, por el progreso de las costumbres, por la elevación del nivel general del país. Si la patria se viera amenazada por una invasión extranjera, todos vosotros sabríais emular las glorias de que es tan pródiga nuestra historia. Pues bien; el peligro no es menor, sólo que lo tenemos dentro: no nos invade el extranjero, sino la anemia física y moral, la falta de ideales, el escepticismo, el decaimiento de todas las energías, la pérdida de la virilidad, la anteposición de los intereses particulares á los comunes..... El verdadero patriotismo consiste en defender á la patria contra estos enemigos, mil veces peores que todas las guerras de conquista.

Apercibíos, pues, á la defensa; pero ¿sabeis con qué armas? Realizando vuestra propia reforma para procurar después la reforma de la nación; trabajando, ante todo y sobre todo, en vuestra educación moral; evitando que mañana pueda decirse de vosotros lo que de la juventud de otro tiempo dijo una de las personas que en España más se desvelaron por ella. Copiaré sus mismas palabras, llenas de amargura, para que apreciéis toda la extensión de los peligros de que debeis huir. «Nuestra juventud no ha sido educada para el Calvario, sino para el Capitolio. Desde la infancia ha zumbado ya en sus oídos el rumor de la emulación *gloriosa*, que nos enseña, como se ha dicho, «á subir y ser en todo los primeros, mientras que la religión, y la

virtud y el respeto á nuestros semejantes nos mandan ser los últimos.» (1) La escuela ahogó en la cuna la libre espontaneidad de su espíritu, la ingénuo alegría de su corazón y la originalidad de su carácter, estampando dogmáticamente en su entendimiento nociones y palabras sin sentido para él, ni relación con sus hábitos y estado, y modelando á viva fuerza su conducta en el troquel de una rutina arbitraria. Al proseguir su educación ha visto estrecharse más y más su horizonte, y apagarse en la indiferencia de los que le rodean, cuando no bajo el peso de su cólera, cada relámpago de luz con que la razón ha intentado protestar en todas las crisis de su vida contra una pedagogía ignorante. De esta suerte dispuesto, enflaquecido el espíritu, nublada la conciencia moral, inculta la razón y sin norte ni freno la fantasía, sale al mundo el joven á *hacer presa*, y halla en todas partes la misma conjuración universal contra el deber, ¡Qué mucho si, volviendo acobardado la espalda á la naturaleza y el rostro á la prosperidad, ahoga el impulso de su corazón y deja caer como fruto abortivo, falto de madurez y de savia, los puros presentimientos que en más felices días encantaron su ánimo y que agosta la escéptica sonrisa del primer afortunado que pasa!» (2)

No puedo yo tener la pretensión de proveeros de una especie de viático que os evite esos escollos; pero me permitiréis decirnos familiarmente cuatro palabras sobre lo que en primer término debeis tener en cuenta mientras permanezcáis en esta casa y cuando os halleis fuera de ella.

Aprovechando todos los medios que el Estado, por órgano de la Universidad, pone á vuestra disposición, podeis criaros sanos y fuertes, finos, rectos, justos, bondadosos, tolerantes, varoniles, alegres, animosos, trabajadores, cultos, tales como nos complacemos en representar al hombre honrado y caballero. Pero no lo conseguireis sin esta condición previa; tener un ideal. «Un ideal—decía en ocasión solemne un estadista francés—no es sólo, en medio de la atmósfera sofocante del egoísmo de los hombres, un soplo de aire puro que reanima y vivifica por sobre todas las dudas de la existencia cotidiana, una luz que guía y que salva; es algo más que todo esto, y querría decirlo en una sola palabra: tener un

(1) BERNARDINO DE SAINT-PIERRE, *Harmonies*.

(2) F. GINER, en su precioso estudio sobre *La juventud y el movimiento social*. —(Estudios sobre educación, pág. 130).

ideal es tener una razón para vivir, es dar una orientación á toda la existencia y un resorte á todos los actos. (1)

¡Tened ideal! No es posible la vida sin él. El ideal es lo que la ennoblece y dignifica, lo que la depura, lo que la justifica, lo que distingue al hombre desocupado de los animales ociosos y al trabajador de las bestias de carga. «Un cuidado más elevado debe dominar, —dice Wagner, —el cuidado de la carrera, no sólo en las funciones consagradas á las cosas de la ciencia y del espíritu, sino en todas. Estudiáis la Filosofía, la Historia, las Artes: muy bien; sed ante todo un hombre y tendreis la madera de que se hacen los filósofos, los historiadores y los artistas. Pero pensais ser ingeniero, comerciante, agricultor, contraamaestre: excelente, si comenzais por ser hombres; si descuidais esto, no sereis más que miserables esclavos ú opresores, según la ocasión.» (2)

El ideal os hará considerar la vida *sub specie æterni*; os dará alegría, valor, confianza en vuestras propias fuerzas, resistencia contra la adversidad; vivireis, según los versos de un profesor francés,

*Ayant contre la vie, à certains jours méchante,
L'ideal qui sourit et la muse qui chante.*

El resto se os dará por añadidura. Concibiendo noblemente vuestros fines, procurareis ponerlos en aptitud de cumplirlos, conservando y fortaleciendo el cuerpo, al mismo tiempo que educáis la voluntad. «Busquemos—exclama el escritor citado más arriba—las fatigas, los esfuerzos, todo lo que pone en tensión los músculos y solidifica los huesos, todo lo que hace más roja la sangre, todo lo que ejercita la paciencia.» Con razón decía Montaigne que para endurecer el alma hay que endurecer los músculos.

Ejercitad la voluntad, que se atrofia cuando permanece inactiva; sed hombres de acción, y poned la energía conseguida al servicio de todos los buenos sentimientos y de todas las causas generosas. «Que el cultivo de la energía personal, de la acción, de la fuerza física y moral se convierta en un fin particular, ardientemente perseguido.»

Tened constancia en el proceso de vuestra propia educación. Cada paso que en este camino dais facilita los sucesivos. «En cualquier momento en que se la considere, la liber-

(1) M. LÉON BOURGEOIS, Discurso pronunciado en el Concurso general de 1891.

(2) WAGNER, *Jeunesse*, pág. 89.

tad sufre el peso del pasado; se mueve en medio de condiciones psicológicas que se le han hecho en parte; que en parte también se ha hecho á sí misma, pero que actualmente están dadas, que es preciso sufrir, que no serán modificables más que á la larga y según las mismas leyes de que resultan.» (1)

Tened la palabra firme como la roca y ajustad al pensamiento vuestras acciones. Que la práctica, en vuestros actos, sea siempre conforme á la teoría.

Cumplid vuestros deberes porque lo son, sin ningún otro motivo, y cumplidlos alegremente, con buen humor, como quien posee la salud del cuerpo y del alma. No transijais con la pereza, con la malicia, ni con las sugerencias del mal; que vuestros buenos hábitos se formen temprano y persistirán siempre.

De este modo, teniendo de la vida un sentido elevado é ideal; ennobleciéndola y embelleciéndola por todos los medios; practicando á todo trance la honradez, sereis orgullo de la Universidad y esperanza de la patria.

¿Necesitaré, después de esto, deciros que la pureza del corazón, la elevación del sentimiento y la energía del carácter, deben manifestarse, no solo en las ocasiones solemnes, sino en todos los actos que constituyen la trama menuda de la vida? ¿Habré de haceros recomendaciones sobre lo que se considera como faltas anejas á la juventud y suele disculparse por adelantado? Las cuestiones de dinero y amor, merecen una consideración especial, por lo mismo que en este punto suele ser la sociedad más indulgente de lo que debiera.

Es difícil que quien no la ha ganado por sí mismo sepa apreciar el valor del dinero y lo administre bien. Y sin embargo, importa que los jóvenes aprendan á usarlo con orden, á respetarlo, si puede decirse así. La delicadeza en estas cuestiones vale por muchas buenas cualidades. Exagerando quizá su importancia, pero con profundo sentido, decía Franklin: «el segundo vicio es mentir; el primero adquirir deudas. La mentira cabalga sobre las deudas.»

Los jóvenes — dice M. Malapert — cuyo honor es en ciertos puntos muy susceptible, á veces dan pruebas de una singular elasticidad de conciencia cuando se trata de deudas... Y lo más grave es que se acostumbran á los recursos de baja ley, á las miserias menudas, donde se pierden la dignidad y la delicadeza.» (2) Por eso es absolutamente necesario su-

(1) MARION, *De la solidarité moral*, pág. 139.

(2) Conferencia citada.

bordinar las gastos á los ingresos y obrar en este punto con estricta moralidad.

De las relaciones con el bello sexo jamás se os habla en serio. Por un falso pudor nos hacemos los desentendidos en esta materia. Pero ¿dejará por eso de existir el amor? ¿Se comprendería sin él á la juventud? Una juventud sin amor, se ha dicho con razón, es como una mañana sin sol. Debeis amar, sin duda, cuando os halleis en edad de hacerlo; necesitais amar: lo que importa es que también aquí seais sinceros y leales y cultiveis el amor como uno de los sentimientos más nobles y más delicados de vuestro corazón.

«Que el adolescente,—decía Kant,—aprenda desde temprano á mostrar al otro sexo el respeto que le es debido; á merecer por su parte la estimación de la mujer por una loable actividad, y á aspirar así al honor de una unión dichosa.» (1) «Tened la convicción,—añade M. Malapert,—de que la castidad no es sólo un deber, sino también una energía y una fuerza moral, y que no hay nada más hermosamente noble que llevar en dote á la persona amada y elegida igual ingenuidad de sentimientos, igual pureza de corazón.» (2)

En vuestra rectitud, debeis llamar á las cosas por su nombre y considerar como crímenes deshonorosos é infamantes lo que la sociedad á veces designa con amables eufemismos para desorientar á la conciencia. Seducir á una jóven es una deslealtad y una mancha afrentosa; destrozar su corazón procurando inspirarle sentimientos de que no se participa, una bajeza; entregarse á los placeres que algunas veces llamamos amores fáciles, profanando la palabra, es faltar al respeto á nosotros mismos y al que debemos á la que algun día ha de ser nuestra compañera, comprometer la salud del cuerpo y la nobleza y la dignidad del alma, y, lo que es más grave, corromper en nuestra persona á las generaciones venideras.

Con razón dice un moralista francés que la bajeza en el amor es una especie de sacrilegio. «Cree la juventud—añade—que el corazón puede disiparse sin agotarse; que, sin peligro alguno para el porvenir, se puede arrojar á los cuatro vientos el tesoro de sentimientos generosos y delicados que cada cual lleva consigo; que es hacedero entregar su alma á la licencia sin envilecerse..... Prodigar locamente el amor es envilecerle y no se envilece sin en-

(1) KANT, *Traité de pédagogie*, pág. 118.

(2) Lugar citado.

vilecerse uno mismo; no se toca á la vergüenza sin salir con alguna mancha.» Grabad en vuestra alma estas palabras y añadidles aún las siguientes de M. Malapert: «Pensad cuántas responsabilidades individuales y sociales encierra esa cosa terrible que se llama herencia. Toda falta se paga; pero algunas veces los hijos pagan faltas de los padres. No se trata sólo de vosotros. El abuso del placer enerva el cuerpo y rebaja el carácter, deja el cerebro vacío y la sangre seca. He aquí, pues, la herencia, que pasa al organismo de los hijos, donde todos los excesos del padre dejan rastro indeleble; el sistema nervioso agotado, debilitado, destruido, hace imposible la virilidad moral y el poder intelectual, originándose una raza de impotentes y desequilibrados que constituye un verdadero peligro social.» No debeis olvidar que cada individuo, por la serie de actos que constituyen la trama de su vida y que acaban por coordinarse para sus descendientes en hábitos hereditarios, deprava ó moraliza á su posteridad, lo mismo que él ha sido moralizado ó depravado por sus antepasados.» (1)

Mantened presente y viva en el fondo del corazón la imagen pura de una madre ó de una hermana, y no faltareis á vuestros deberes para con la mujer. Tened un gran ideal, añadiré con Wagner, una concepción elevada de la vida en su conjunto y de la obra que cada cual debe desempeñar en ella; respetad su preeminencia, su valor, su santidad; en una palabra, sed honrados, en amor como en todo lo demás.

Concluyo aquí. El asunto es vasto, como veis, y desconfío de haber acertado á mostrároslo siquiera en sus lineamientos principales. A la debilidad y pobreza de mis fuerzas ha venido á sumarse una causa dolorosa y segura de fracaso: la muerte inesperada de mi amantísimo padre me sorprendió cuando me ocupaba en ordenar los materiales reunidos para la redacción de este discurso... Y todos los que saben lo que es la pérdida de un padre se explicarán y perdonarán que las notas acumuladas hayan quedado casi tal como las tomé, sin corrección y sin orden.

¡Puedan, así y todo, constituir un tributo de amor y de respeto á la memoria de aquél cuya ausencia es para sus hijos más penosa cada día!

HE DICHO.

(1) GUYAU, *Education et hérédité*, pág. 32.